This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 5385.1.6

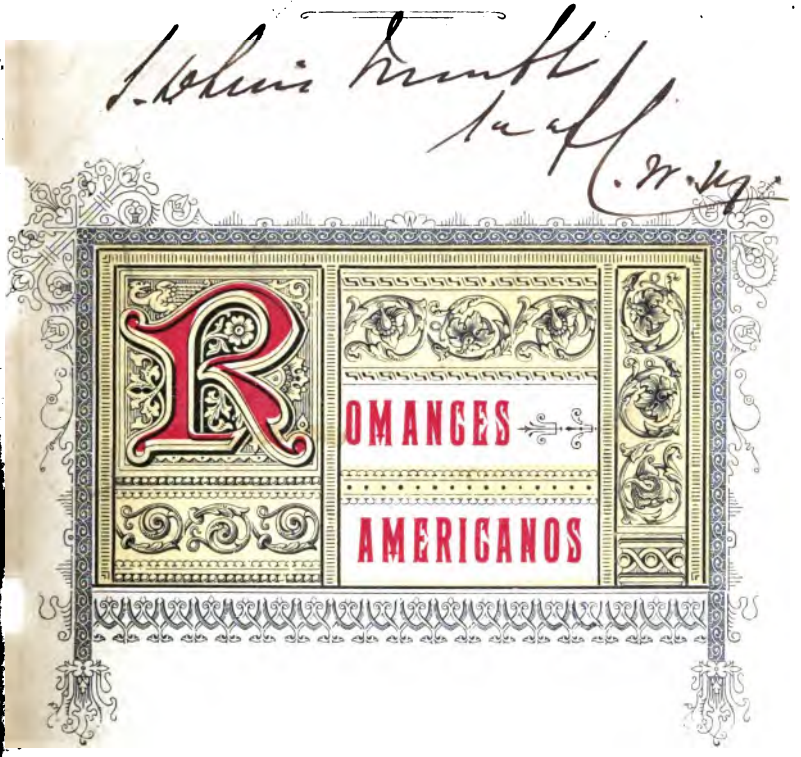
HARVARD COLLEGE
LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND
CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE
PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE, DECEMBER
MDCCCCVIII

FROM THE LIBRARY OF LUIS MONTT

SAL 5385.1.6

C. WALKER MARTÍNEZ




IMPRENTA BARCELONA

1899

# ROMANCES AMERICANOS

# ROMANCES AMERICANOS

POR

C. WALKER MARTÍNEZ

SEGUNDA EDICIÓN

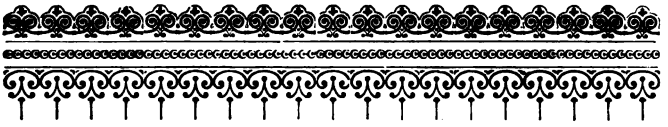
Santiago de Chile
IMPRENTA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN BARCELONA
Moneda entre Estado y San Antonio

1899

SAL 5385.1.6
1436
67

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

BOUND DEC 27 1909



# PRIMERA PÁGINA

---

CORONADA de laureles
que ganó en nobles contiendas
con sublimes sacrificios
se alza la virgen América.

Entre dos inmensos mares
que acarician sus riberas,
cuantos climas tiene el mundo
en su fértil seno encierra,

Desde el hielo eterno, donde
ningún sér humano alienta,
hasta los valles que gozan
de una eterna primavera;

y cuantos frutos y flores
ha descubierto la ciencia
desde la violeta humilde
hasta la erguida palmera.

Pródigas en plata y oro
son sus empinadas sierras,
y el ancla de sus bahías
se amarra en lazos de perlas.

De sus selvas solitarias
la edad por siglos se cuenta,
y exuberante en sus senos
brota la naturaleza,

haciendo lujo en sus ramas
que hasta las nubes se elevan
de las plumas de sus aves
y las pieles de sus fieras.

Es la tierra prometida
á la humanidad, la nueva
Jerusalén, consagrada
á las razas venideras,

para sellar con sus leyes
lo que en sus éxtasis sueña:
en los pueblos que son libres
la fraternidad perfecta...

Que es el reflejo brillante
de una redención eterna,
yendo á lo desconocido
que la humanidad espera.

Pues bien, si nada nos falta
en nuestra patria; si en ella
se despiertan los recuerdos
del Edén sobre la tierra;

si hay nombres en nuestra historia
dignos de fama perpetua;
si claro, limpio y brillante
el porvenir se nos muestra;

¿Por qué cantar de otros pueblos
las varoniles proezas?
¿Por qué celebrar sus héroes?
¿Acaso el harpa de América

para ensalzar lo que es digno
no tiene vibrantes cuerdas?
¡Oh! nó!... Dejadme, á lo menos
á mí, modesto poeta,

dejadme llenar las páginas
de mis íntimos poemas
con las bellas tradiciones
de sus antiguas leyendas.

No quiero glorias extrañas
que no dan sangre á mis venas,
busco, y me basta la sombra
de mi hogar y mi bandera!

# PRIMERA PARTE

---

# LA CONQUISTA

# DEVOCIÓN DE UN SOLDADO

«Y no es de omitir la piadosa resolución de un soldado anciano que se quedó solo entre aquella gente mal reducida para cuidar del culto de la imagen, coronando su vejez con este santo ministerio; llamábase Juan Torres, natural de la ciudad de Córdoba. Acción verdaderamente digna de andar con el nombre de su dueño, y virtud de soldado en que hubo mucha parte de valor.»

(ANTONIO DE SOLÍS. — *Historia de la Conquista de Méjico.*)

CUANDO el famoso caudillo
que á Méjico impuso leyes,
dominando la cerviz
de cien pueblos diferentes,

cruzaba de Zempoala
la tierra inculta y ardiente,
en una humilde capilla
dejó una imagen celeste;

la imagen de aquella Virgen
inmaculada que tiene
el dulce nombre de madre
dispensadora de bienes.

Sola la Virgen quedaba
sin flores, culto, ni preces!...
¡Sola entre pueblos salvajes,
idólatras y rebeldes!...

—«Cómo la madre de Dios
que en los cielos resplandece
tan desamparada y triste
en una tierra inclemente!

«¡Oh! no es posible dejarla,
que el corazón se conduele...
abandonarla y partir
fuera ingratitud aleve!

«Para cuidar á esa Virgen
que nuestras armas proteje,
¿en su dulce compañía
no hay ninguno que se quede?»—

Así exclamaba un soldado
en los momentos solemnes
en que en el altar colgaban
la dulce imagen celeste.

De fuego su corazón,
aunque su frente de nieve,
era, ante todo, cristiano,
y, sobre todo, creyente!

—«Pues yo, prosiguió el anciano,
juro á Dios que bien merece
la espada de un caballero
que por honrado se tiene,

«servir á dama tan bella
y de tan alta progenie,
y guardar su nombre claro
de palabras descorteses!

Yo seré su centinela
vigilaré sus doseles
y el honor de su santuario
defenderé hasta la muerte!»—

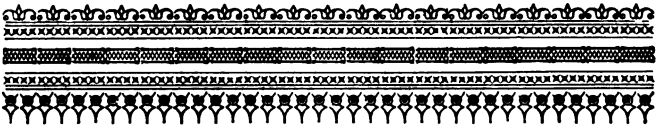
Dijo, y corrió la visera
de su poderoso almete,
que así recatan las lágrimas
los soldados de ese temple;

y al pie de la casta imagen
de la Virgen de Mercedes
se arrodilló murmurando
una oración reverente.

Más tarde, cuando cargados
de botín y de laureles
volvieron los españoles,
en el mismo humilde albergue

hallaron la misma imagen;
y entre sus brazos alegres
al piadoso centinela
ciñeron cien y cien veces.

¡Bien haya el alma cristiana
que al cielo los ojos vuelve!
¡Bendiga el cielo á Juan Torres,
tan religioso y valiente!



# YUPANQUI

«Aunque vírgenes del sol eran esposas del Inca, y cuando llegaban á la edad conveniente, se escogían las más hermosas para él y las llevaban á su serrallo.»
(G. PRESCOTT.—*Historia de la Conquista del Perú.*)

Son joyas del Inca excelso,
que así las leyes lo ordenan,
del imperio del Perú
las más hermosas doncellas.

Ocupa el trono Yupanqui,
el gran Yupanqui, que reina
desde el Maule caudaloso
que azota su onda entre peñas,

hasta las regiones ricas
de esmeraldas y de perlas
que á la provincia de Quito
forman frontera desierta:

los brazos del Amazonas,
cuyas hermosas riberas
cruzan cien tribus de indios
que sus flechas envenenan,

y las aguas que arrebata
el Paraguay entre selvas
son del imperio peruano
las orientales fronteras.

Por millares sus vasallos
los nietos de Manco cuentan,
que son millares los pueblos
que al hijo del sol veneran.

Las tribus independientes
del interior de las selvas
compran con ricos tributos
su adorada independencia.

De sus bosques arrancaron
la más hermosa doncella
y la ofrecieron al Inca,
que en Cuzco su trono asienta.

Era una paloma agreste,
limpia como la azucena,
como la flor de sus valles
gentil, delicada y fresca;

hasta la tierra bajaban
sus rizos en ondas negras;
sus ojos eran de fuego,
sus breves formas esbeltas.

Era una hermosura indiana
que en la dulce primavera
de sus ensueños tenía
catorce octubres apenas.

Lloró cuando las esclavas
ciñeron de ricas perlas
á su garganta y cabellos
cadenas de varias vueltas.

Preciaba más sus collares
de jazmines, y más bellas
hallaba las pobres flores
de sus queridas praderas.

La vistieron blanca túnica,
símbolo de su inocencia,
trabajada de la piña
con las delicadas hebras;

la engalanaron con oro
y la cubrieron de esencias
que no menos merecían
sus caricias lisonjeras.

Yupanqui, conquistador,
que justiciero condena
al Aimará revoltoso
á dura expiación perpetua,

destinándolo á habitar
las elevadas, desiertas
punas, de donde desprenden
su estatura gigantesca

el Illimani é Illampu,
cuyas cúpulas soberbias
tocan al azul del cielo
do el mismo cóndor no llega:

Yupanqui, el guerrero fuerte,
que más que amores, desea
para su frente coronas,
para sus soldados guerras,

y entiende más que de halagos
y de amorosas finezas,
de abatir tierras lejanas
y formar huestes guerreras:

tarda en llegar á gozar
entre las sombras secretas
las caricias virginales
de la hermosa prisionera.

Ella, la triste, entretanto,
fatigada se recuesta
en la dulcísima hamaca
y á sus memorias se entrega:

y como nadie la escucha
sino la luna que reina
sobre el cielo transparente
que solitaria atraviesa,

así, entre mares de lágrimas
prorrumpe en hondas querellas,
dando suspiros al viento,
confiando al silencio quejas.

—«¿Hay dolor igual al mío?
¿Hay suplicio mas impío
que perder la libertad?
Pobre esclava solitaria,
sólo hace eco á mi plegaria
la profunda soledad...

«Fué muy triste la partida
de mi choza tan querida...

yo jamás la olvidaré!
Mis amigas me envidiaron,
y por eso no lloraron
lo que yo al partir lloré!

«Vas al Inca» me dijeron:
Los guerreros me trajeron
como prenda de amistad.
¡Adiós mi selva sombría;
allá dejé mi alegría,
y aquí me traje el pesar!

«Luna, ó madre del imperio,
de mi obscuro cautiverio
ten, propicia, compasión...
Que en esta tierra lejana
á la amargura inhumana
se me arranca el corazón!

«¿Hay dolor igual al mío?
¿Hay suplicio más impío
que perder la libertad?
Pobre esclava solitaria,

sólo hace eco á mi plegaria
la profunda soledad...»

Columpiándose en la hamaca
blandamente la doncella
así dijo; y replicó
con suave acento á sus quejas

la voz del Inca que, atento
á sus sentidas querellas,
la oyó á favor de las sombras
con afable complacencia.

—«Linda niña, flor de flores,
yo no quiero que tú llores
tu perdida libertad:
Pobre esclava solitaria,
hizo eco á tu plegaria
la profunda soledad.

«Si á mi trono te han traído,
é inclementes han herido
tu inocente corazón,
yo no quiero que tú llores,

linda niña, flor de flores,
y te tengo compasión.

«Vuelve á tu selva escondida,
donde pasarás tu vida
con los tuyos y en tu hogar:
Bella esclava seductora,
tú recobras desde ahora
tu perdida libertad!»

Dijo Yupanqui: y un beso
sobre la frente morena
grabó de la indiana virgen,
agradecida y modesta!

Ahogó un suspiro en el pecho,
y se alejó con presteza,
dejando á la hermosa esclava
su libertad é inocencia.

# GRATITUD INDÍGENA

«Tan importante descubrimiento se debe á una mujer que á la hermosura del cuerpo juntó la pureza del alma y practicó la caridad, que es el mayor tesoro de la tierra y la alegría del cielo».

(VENTURA BLANCO.)

I

VOLUPTUOSA, encantadora,
á las orillas del Rímac,
arrullada por el himno
de sus ondas cristalinas,

bajo el rayo refulgente
de un sol que benigno brilla
y entre alegres platanares
se alza la opulenta Lima.

Allí la naturaleza
brota en ardiente sonrisa
bajo el espléndido encanto
de una eterna simpatía.

El día muestra las galas
de una pompa noble y rica,
y está impregnada la noche
de brillantes armonías.

¡La noche!... ¡Quién me volviera
aquellas horas magníficas
que en veladas deliciosas
disfruté en mejores días!

¡La noche!... Nada en el mundo
hay comparable á esas tibias
horas del trópico, llenas
de dulce melancolía,

cuando los astros del cielo
con trémula luz titilan
y no se mueve una hoja,
y no murmura una brisa.

Si entonces sus tristes rayos
tiende la luna tranquila,
¡Con qué colores tan bellos
el firmamento ilumina!

¡Y qué soledad tan grata,
qué misterio y poesía
en su seno perfumado
blandamente se respira!

¡Oh dejadme alguna vez
de las horas de mi vida
disipar las más risueñas
en la pintoresca Lima.

Dejadme tornar á ver
aquellas casas moriscas
que ocultan á sus hermosas
en estrechas celosías!

Dejadme oir el rumor
que forma el soberbio Rímac
cuando rompe entre las piedras
sus espumas cristalinas;

y gozar del dulce fuego
que al alma infunde ese clima
que ofrece en copas doradas
el vino de las delicias!

Corría avanzado el siglo
diez y siete; y era Lima
en aquel tiempo la joya
más preciosa de las Indias.

La comparaban sus dueños
por sus dotes peregrinas
y el encanto de sus huertos
y la gracia de sus hijas,

á la reina encantadora
de la verde Andalucía,
que el Betis manso y sereno
con sus ondas acaricia!

todo era entonces placeres
en ella, fiestas, corridas
de toros, bailes, paseos
rondas y nocturnas citas.

En raudales abundantes
corría el oro, y las minas
cuanto eran más explotadas
eran más agradecidas,

de suerte que si no hubiera
constancia fiel de sus cifras,
de aquellas grandes fortunas
que al rey mismo sombra hacían,

hoy creyéramos tal vez
que eran sólo una mentira
las vetas del Potosí,
las riquezas de las Indias!

II

¡Ay! Y entretanto la raza
indígena al duro peso

de la amarga esclavitud
se rendía al mismo tiempo.

Las fatales encomiendas,
que como á míseros siervos,
á sus hijos sometían
al yugo de ásperos dueños;

la explotación de las minas
y el penoso cautiverio,
que en cien formas diferentes
gravaba su infausto sello,

la iban con quebranto duro
aniquilando y rindiendo,
y á pedazos destrozándola
sin piedad y con desprecio.

Y ¡oh Dios! para dar al cuadro
más melancólico aspecto,
con saña horrible la peste,
vertió su infernal veneno;

y se emponzoñó la atmósfera;
y en las alas de los vientos
los ayes de la agonía
al cielo sordo subieron.

¡Al cielo sordo!... que inútiles
fueron los fervientes ruegos
y los profundos suspiros
y los trémulos lamentos!

Se trocaron de repente
en estériles desiertos
los frescos valles; quedaron
reducidos á esqueletos

los que en la víspera eran
alegres y hermosos pueblos,
y al interior de los bosques
los indígenas huyeron.

En el español no hallaban
ni esperanza, ni consuelo,
ni bálsamo á sus heridas,
ni á sus dolores remedio;

y á sus montañas volvían
á morir lejos, muy lejos,
siquiera en la yerta calma
que al dolor presta el silencio!

Mas, la peste los seguía
á la montaña, al desierto;
y los bosques y los valles
atravesaba con ellos...

Á las madres afligidas
arrebataba del seno
el tierno niño; la esposa
de sus lazos hechiceros

al buen esposo, al amigo
el amigo; al padre tierno
el hijo amante, esperanza
de sus años postrimeros.

¡Cuánto dolor! ¡Cuántas víctimas
en sacrificio tremendo
heridas en flor y en aras
de la venganza del cielo!

## III

El rayo que en la borrasca
de los cielos se desprende
muchas veces en el valle
la humilde cabaña hiere;

pero otras veces, y más,
las cimas ásperas hiende
donde los cóndores vuelan
sobre palacios de nieve.

Porque en la naturaleza
son inflexibles las leyes
y al golpe de sus rigores
cae el débil como el fuerte.

Testigo es la infausta Lima
que, azotada por la peste,
trueca sus risas en llanto
y en pesares sus deleites.

No ya á la raza vencida,
castigar el cielo quiere
á la raza vencedora;
harto el rigor de la suerte

aquella sufrió, hoy la rueda
de la fortuna se vuelve,
y en las cabezas más altas
hiere el ángel de la muerte.

¡Ay! Cuántas rosas marchitas
en su primavera alegre!
¡Cuántas estrellas hundidas
en las sombras de occidente!

Y una entre ellas... La más bella
de todas las que enaltece
y admira, en aplausos pródiga,
la ciudad de los virreyes;

la más dulce y hechicera
de cuantas niñas florecen
en las playas del Perú,
rico en hermosas mujeres;

la hija del virrey soberbio,
que aun no cuenta diez y siete
primaveras, y es más linda
que la rosa y los claveles;

en el lecho del dolor
agitada desfallece
á la violencia del daño
que la devora inclemente.

¡Infeliz! En vano apura
cuantos recursos posee
la ciencia para volverla
á la vida; en vano vienen

médicos de otras comarcas
acreditados y célebres
para atenderla: las drogas
fallan, se aumenta la fiebre,

crece el mal, falta la vida,
las esperanzas se pierden,
y los doctores anuncian
que la condesa se muere.

Mas, lo que no puede el hombre
lo puede Dios: y Él concede
la gracia, la vida, todo,
todo, en fin... Y Él, que es clemente,

y amparo de los que lloran,
siempre á la virtud protege,
y al que obró misericordias
ciento por uno devuelve.

No hay gota de agua perdida,
no hay piedad que al fin no llegue
á hacernos bien, ni limosna
que Dios olvide ó no premie!

Así pudo la condesa
pensar... De sus horas breves,
¡cuántas consagrado había
á la caridad! mil bienes

hizo á su pueblo; con franca
mano prodigó mercedes,
consolando á la miseria
de las clases indigentes.

Empeñó con sus virtudes
la gratitud reverente
de los indios que á sus puertas
amparo encontraron siempre.

¡Dulce misión! ¡La más noble
de cuantas el alma puede
ambicionar, pues es flor
que su perfume no pierde.

## IV

Es alta noche. En silencio
profundo, yace entregada
la mansión de los virreyes
que domina en la ancha plaza.

No perturba su quietud
ningún rumor: todo calla
en sus anchos corredores
y en sus espléndidas salas.

Y como el palacio, yace
también muda y solitaria
en el reposo nocturno
la ciudad que el Rímac baña.

Y á los pies de sus balcones
y apenas sí á la distancia
se oye el tranquilo murmullo
de sus ondas argentadas.

Entretanto majestuosa,
de luceros coronada,
guía la luna en el cielo
su hermoso carro de plata.

Mas, hay quien vela. Es la triste
condesa, que, atormentada
por la ardiente fiebre, el bálsamo
del blando sueño no alcanza.

¡Ay! El sueño del sepulcro
tal vez dormirá mañana...
Cesarán mañana, acaso,
las horas de su jornada!

Dolorosas impresiones
llevan la hiel á su alma
y las fibras de su pecho
se conmueven y quebrantan.

¡Qué de ilusiones que mueren!
¡Qué de bellas esperanzas
desvanecidas que vuelan
como exhalaciones rápidas!

Sombras errantes, recuerdos,
misterios, horas de infancia,
crepúsculos moribundos,
frases de dulces palabras,

todo en tropel á sus ojos
llega, y al instante pasa,
como las nubes que el viento
en confusión arrebata;

y sin definir sus formas
incomprensibles y vagas
en noches de tempestad
miramos desde la playa!

De pronto en el aposento
se abrió la puerta y dió entrada
á una mujer, que en las sombras
obscuras no se alcanzara

á distinguir, si la luna
sus rayos á la ventana
no diera de lleno, toda
iluminando la estancia.

La aparición misteriosa
con tiento y breves pisadas
se dirigió de la enferma
directamente á la cama.

Y con voz suave llamándola
tan misteriosa y tan baja,
que ella apenas pudo oirla
alzándose de la almohada,

—«No temas nada, la dijo,
soy yo, señora, tu esclava...
tu India humilde que daría
por ti la mitad del alma.»—

Tranquilizóse la joven
porque conoció á la Indiana,
y ésta continuó agregándole
así en palabras muy bajas:

—«Hoy que á una fiebre inclemente
inclinas mustia la frente
ya condenada á morir,
yo, tu esclava agradecida,
para volverte á la vida
llego, condesa, hasta ti.

«Tú con tu bondad hiciste
mi esclavitud menos triste,
menos dura mi orfandad:
Recibe hoy el homenaje
de mi amor pobre y salvaje,
pero sincero y leal!

«Nuestros padres descubrieron
un bálsamo que escondieron
por odio al pueblo español;
yo te lo descubro ahora,

quiero salvarte, señora,
aunque me condene yo!

«He aquí el precioso amuleto
arrebatado al secreto
de la raza del Perú:
Toma esta copa, y apura
su licor y en su onda pura
encontrarás la salud!

«¡Oh! las bellas, frescas rosas
de tus mejillas hermosas
vuelvan, condesa, á lucir!
Tú, la amiga y dulce hermana
de la raza americana,
¡Oh! tú no debes morir!»

Y le dió á beber la copa
sabiamente preparada,
y con la misma cautela
cerró la puerta á su espalda,

dibujando al retirarse
su figura en la muralla
una sombra indefinida
á manera de fantasma.

Volvió á quedar en silencio
profundo toda la estancia,
y á poco más la alumbraron
las luces de la mañana.

## V

No bien de las altas cimas
hubo aparecido el sol,
cuando vinieron los médicos
con notable agitación,

á preguntar por la enferma,
y la hallaron tan mejor
que se quedaron atónitos,
heridos de admiración.

A qué atribuir no supieron
el cambio: quien lo creyó
ilusión de los sentidos,
quien de la imaginación,

quien en un grande milagro
la solución encontró
del problema, que no hallaba
otra explicación mejor.

Los prudentes esperaron
un poco más, y pasó
así un día y otro día
de esperanza y estupor.

Y de esta suerte fué haciéndose
tan cierta su curación,
que en dos semanas la enferma
completamente sanó.

A alguien en la obscura noche
descubrir le pareció
apariciones de ánimas
en el palacio español...

Pero no pasó del vulgo
la necia murmuración
y los nobles se burlaron
y el virrey se fastidió.

Tal es de la cascarilla
la sencilla tradición,
que como el pueblo la cuenta
se la cuento al pueblo yo.

Hermosa lección es ella
con que nos enseña Dios
que la caridad cristiana
es joya de gran valor;

y que quien obra bien halla
el premio á su buena acción,
como lo encontró en la indígena
la condesa de Chinchón.

# EL SANTUARIO DE GUADALUPE

«Dieron cuenta al Obispo; y entrando Juan Diego á su presencia le dió la embajada de parte de María Santísima diciéndole: «que aquella era la señal que le había dado de que era su voluntad que se le edificase un templo.» — Al decir esto desplegó la tilma: apareció en ella una hermosísima imagen de María Santísima, no se sabe bien si tejida ó pintada y de ella cayó una porción de rosas en el suelo, tan frescas, que tenían todavía el rocío con que habían sido cortadas. (*Año Cristiano* del P. Croiset.»)

## I

En un rincón escondido
de aquel valle pintoresco,
donde entre alfombras de flores
se alza Méjico opulento,

hace ya más de tres siglos
vivía el indio Juan Diego,
dichoso en su obscuridad,
del mundo olvidado y lejos.

Era el indio entrado en años,
piadoso, noble y austero,
de muy elevadas prendas,
de muy nobles sentimientos:

Todos con leal cariño
le tributaban respeto,
por su conducta sin tacha,
por su corazón tan recto.

El trabajo de sus manos
le daba el diario sustento;
y descanso en sus fatigas
el dulce, apacible sueño

que Dios concede piadoso
á las almas de los buenos
que no se manchan del vicio
en el lodazal grosero!

Pero, antes de retirarse
de noche al blando silencio,
Juan Diego iba diariamente
á la parroquia del pueblo

á alzar con piedad sincera
al cielo sus pensamientos
y á implorar merced divina
del Omnipotente Dueño.

Una tarde—de la iglesia
á su cabaña volviendo—
cruzaba una serranía
por un estrecho sendero;

sendero, que aunque era triste,
salvaje, agreste, dèsierto,
era más corto; y solía
por eso andarlo Juan Diego.

No crecía en todo él
ni una flor: nada á su aspecto
entre las zarzas estrechas,
daba colores risueños.

Pero, en cambio, de su altura
se dominaba un espléndido
panorama, digno cuadro
de los pinceles del cielo.

Aparecía á sus plantas
el ancho valle, cubierto
de árboles y caserios,
de campanarios y huertos,

y mas allá transparente,
como un azulado espejo,
se veía el lago ceñido
como entre almenas, de pueblos,

y en medio de sus espumas
batidas por blancos remos
á la emperatriz de Anáhuac
como la ilusión de un sueño.

Formaban marco al paisaje,
el horizonte á lo lejos
cerrando, inmensas montañas
con tosco perfil de hielo.

¡Qué de impresiones profundas,
qué de penosos recuerdos
el paisaje despertaba
en el alma de Juan Diego!

¡No hacían sino diez años
que en los confines de Méjico
las banderas españolas
se desplegaran al viento!

No hacían sino diez años
que con horrísono estruendo
se desplomara y hundiera
el más poderoso imperio,

al empuje de unos cuantos
audaces aventureros
que dieron asombro al mundo
con la altivez de su genio!

A poco andar oyó el indio
de un dulcísimo concierto
las hermosas armonías
que de súbito le hirieron.

Temeroso se detuvo,
sin explicarse el misterio
de música tan sublime
en aquel hondo desierto.

Era una orquesta especial
de tan inefables ecos,
que más que cántico humano
parecía voz del cielo.

Poco á poco iluminando
se fué el sitio al mismo tiempo
y de una luz transparente
tiñéndose el firmamento.

Atónito ante el prodigio
cayó postrado Juan Diego,
en la visión ambos ojos
y ambas manos en el pecho.

Creció su asombro de punto
después de breves momentos,
porque hirió su vista atónita
un nuevo y más santo objeto.

Entre el resplandor brillante
de los múltiples reflejos
vió una mujer hermosísima
de la altura descendiendo:

de pedestal le servía
la luna; trece luceros
eran aureola á su frente;
llevaba el traje modesto

de las doncellas indígenas,
pliegues de un manto ligero,
cintas rojas en la saya,
cuentas de vidrio en el cuello.

A su alrededor giraban
mil coros de ángeles bellos,
tañendo en sus harpas de oro
cuerdas de divinos ecos.

La sublime aparición
era la Reina del cielo...
¡Era la Madre de Dios,
la virgen que encerró al Verbo!

Se acercó al indio dichoso
que la adoraba en silencio,
y le dijo estas palabras
de bendición y consuelo:

—«¡Ven! soy la Madre de Dios,
fuente de la eterna vida;
soy la virgen concebida
sin pecado original!
«Tú eres hoy el escogido
para ser el mensajero
de mi culto verdadero,
de mi afecto maternal!

«Vuelve á los tuyos, y cuenta
á los hombres de tu raza
que á ningún pueblo rechaza
mi amorosa caridad;
y dí á tu obispo en mi nombre
que es la voluntad de mi Hijo
que en este lugar que elijo
se me levante un altar!»

Dijo y no bien concluyera,
la aparición, el concierto,
la luz, el eco, el perfume
en el mismo instante huyeron;

y todo volvió á quedar
salvaje, triste, desierto,
en la soledad más lóbrega,
en el más hondo silencio.

## II

Vedada para los pobres
la entrada de los palacios
ha estado en todos los tiempos
desde los siglos lejanos;

no así para la soberbia
que arrastra opulencia y fausto:
es polvo de sus pisadas
el marfil de sus estrados.

¡Injusticia de los hombres!
Porque el corazón humano
es tanto más terco y duro
cuanto se mira más alto!

Así Juan Diego á las puertas
del magnífico palacio
donde reside el obispo
largas horas pasó en vano.

En vano una y otra vez
pidiera audiencia: el prelado
siempre invisible á sus ojos,
siempre sordo á sus llamados!

Corrieron días y meses
en esperanzas; al cabo
lo oyó: y recibió Juan Diego
otro nuevo desengaño.

—«Dame una prueba, le dijo
el obispo, desconfiado,
y creeré sólo entonces
que no eres un visionario.»—

Pero, la Virgen María
que á los suyos presta amparo,
no dejó á su fiel devoto
á las burlas entregado;

y para cumplir sus órdenes
tres veces volvió á llamarlo,
y á bendecirlo tres veces,
repitiéndole el encargo.

Pero humillaron al indio
tanto los nuevos rechazos,
que temeroso de hallar
á la Virgen á su paso,

no volvió á cruzar del monte
el sendero acostumbrado;
y se encerró en su cabaña
abatido y solitario...

Si le hablase, «¿qué decirle,
así pensaba—, en descargo
de no haber podido en nada
satisfacer sus mandatos?»...

Mas, una tarde de estío
que, en otra vía cruzando,
iba el indio, como siempre,
dolorido y cabizbajo,

halló á la Virgen María
que por su nombre llamándolo
así le habló con palabras
de dulce, inefable encanto:

—«Vuelve á la montaña, en donde
por vez primera me viste
y el mandato recibiste
de mi afecto maternal:
de las flores que allí encuentres,
coge y guarda las más bellas
y serán testimonio ellas
de mi nombre y tu verdad!»—

Corrió en el instante mismo
á la montaña, y ¡cuán grato
fué su asombro al encontrar
convertido en rico campo

de hermosas y frescas flores
el campo inhospitalario
que en la víspera era un yermo...
¡Cuál su júbilo y su encanto!

Habían desparecido
las secas zarzas, y en cambio
los jazmines florecían
la atmósfera perfumando;

y en vez de piedras estériles,
estaba el suelo alfombrado
de rosas de cien colores,
de claveles encarnados!

Si no era ilusión fantástica
este repentino cambio,
era —así pensó Juan Diego—
un verdadedro milagro.

Cogió las flores, con ellas
reverente, entusiasmado,
llenó su capa; y á Méjico
dirigió al punto sus pasos.

En aquel dulce momento
al horizonte lejano
bajaba el astro del día
en magnífico desmayo;

y algunas nubes de púrpura
destrozadas á pedazos
reflejaban sus postreros
y melancólicos rayos!

## III

Emocionado y temblando
presa de un santo delirio,
llegó el humilde Juan Diego
á presencia del obispo.

Le refirió con honrada
fe, y en lenguaje sencillo,
el grande acontecimiento
de que era feliz testigo.

Quedaron todos atónitos
los que oyeron del prodigio
la narración repetida
cien y cien veces lo mismo.

Se agolpó el pueblo á las puertas
del palacio del obispo,
magistrados, sacerdotes,
hombres, mujeres y niños,

indígenas y españoles,
en confuso laberinto
para observar esas flores
de los jardines empíreos!

Juan Diego extendió su capa
y ¡oh nuevo y más gran prodigio!
en vez de preciosas flores
como lo creyera él mismo

mostró dibujado en ella
el puro rostro bellísimo
de la Reina de los cielos,
tal como él lo había visto!

Cayeron todos de hinojos,
y con corazón contrito
adoraron reverentes
del cielo los altos juicios!

Hoy un santuario se eleva
en aquel sagrado sitio
donde la Virgen María
tamaños milagros hizo;

y el nombre de Guadalupe
todo el mundo ha recorrido
unido desde aquel tiempo
al nombre ilustre del indio!

# UNA MISA EN EL SIGLO DIEZ Y SEIS

«Para dar mas fuerza al contrato el Padre Luque administró el sacramento de la Eucaristía á los contratantes, dividiendo la hostia en tres partes, una para cada una, mientras que los espectadores, dice un historiador, se enternecían al ver la solemne ceremonia con que se consagraban estos hombres á un sacrificio que parecía poco menos que locura.»

(GUILLERMO PRESCOTT. — *Historia de la Conquista del Perú.*)

## I

ERA una linda mañana
de la alegre primavera
bajo el espléndido cielo
de los trópicos de América

La mar en copos de espuma
sobre la fresca ribera
rompía sus ondas leves
azul, transparente, inquieta.

Gorjeaban entre los árboles
las avecillas ligeras
y hacían eco á sus cantos
los murmullos de la selva.

El cielo estaba tranquilo,
el sol brillante, serena
la atmósfera, hermosa y pura
toda la naturaleza!

En la parroquia del pueblo
de Panamá había fiesta,
se celebraba una misa
con grande magnificencia.

Tapizados los altares
estaban con oro y sedas,
las puertas engalanadas
con flores y con banderas;

y con joyas las imágenes
y gran número de velas,
y el pavimento cubierto
de riquísimas esteras.

La multitud agolpada
llenaba toda la iglesia
y con devoción piadosa
arrodillada y atenta.

Los vecinos más ilustres
por su sangre y su riqueza,
los magistrados, los títulos,
y toda la turba inmensa

de audaces aventureros
que en Panamá en aquella época
esperaban impacientes
conquistas y empresas nuevas,

asistían, con respeto
inclinada la cabeza...
que entonces de ser cristiano
nadie tenía vergüenza!...

## II

Celebraba y presidía
esta ceremonia augusta
aquel Fernando de Luque,
hombre ya de edad madura,

que, dotado por el cielo
de inteligencia y de astucia,
supo unir sus buenas prendas
al carro de su fortuna.

Bajo el hábito modesto
de su condición obscura,
tenía un alma de héroe
y una fe santa y profunda.

Así sus hechos ilustres
lo probaron con usura,
y en tal concepto en la historia
lugar distinguido ocupa.

Párroco de Panamá
y hombre de consejo, su única
ambición era hacer bien
con benevolencia suma;

y de todos respetado
sin envidias importunas,
el espejo de su vida
era imán de su conducta.

Pronta á terminar la misa,
salieron de entre la turba
dos hombres de noble aspecto
y de gallarda apostura.

Se acercaron al altar
con reverencia profunda
y se postraron de hinojos,
al pecho ambas manos juntas.

Las blancas canas del uno,
su edad avanzada acusan,
aunque en su fresco semblante
los otoños disimula;

y á juzgarlo por la alegre
sonrisa que se dibuja
en sus agraciados labios,
si es ó nó joven, se duda.

Sus ojos negros y altivos,
que brillan con llama fúlgida,
revelan de un alma ardiente
las resoluciones súbitas;

y su manera de andar
y su arrogante figura
dicen que es un caballero
quien tan bellas prendas junta.

El otro más joven, cuelga
larga espada á la cintura,
y mira con tales ojos
que más que halagan, insultan.

Recio de miembros, la frente
morena, torva y adusta,
y echada atrás con orgullo,
que no reprime, ni oculta,

es el tipo del soldado
de aquellos tiempos de lucha,
de extraordinarias hazañas
y curiosas aventuras.

Bizarro y franco en su porte,
de aventajada estatura,
arrastra sin darse cuenta
la admiración de la chusma;

lo que á él le importa bien poco,
porque fiado en su fortuna
campo más vasto y abierto
á sus ambiciones busca.

De hinojos ambos soldados,
algunas frases confusas
que á oir no alcanzara el pueblo
cruzaron entre ellos; muda

y atenta á entrambos siguió
con sus miradas la turba,
por cierto más fija en ellos
que en la ceremonia augusta.

Partió Luque en tres pedazos
la hostia consagrada y pura,
y así habló á los caballeros
que á un tiempo con él comulgan:

—«Sólo quien en Dios confía
de sus enemigos triunfa,
y Él solo á los corazones
da favor y presta ayuda.

«Nuestra alianza está sellada,
y en nombre de Dios se anuncia
con la sangre del cordero
que regenera y alumbra!

«Él os lleve en el camino
de causa tan noble y justa,
para dar gloria á su nombre
en la tierra y las alturas!»—

## III

Concluída la ceremonia
convidó á tomar refresco
el buen Fernando de Luque
á todos los caballeros;

entre los que figuraron
en primer lugar, por cierto,
los dos piadosos soldados
de que hemos hecho recuerdo,

que no eran, en verdad, otros
que Diego Almagro el primero
castellano á las derechas
franco, entusiasta y resuelto:

el segundo, más famoso
en la historia por sus hechos,
era Francisco Pizarro,
aventurero estremeño.

La turba aplaudió entusiasta,
y las campanas del pueblo
para celebrar la fiesta
se echaron todas á vuelo.

Así quedó consagrado
aquel curioso convenio
que celebraron tres hombres,
más con fe que con dinero,

para emprender la conquista
del rico imperio opulento
que en las costas del Pacífico
los Incas establecieron!

# POETA Y SOLDADO

«El famoso poeta Ercilla que era de la comitiva, queriendo tener la gloria de haberse introducido al mediodía más que ningún otro europeo, pasó el susodicho golfo de mar y sobre la ribera opuesta dejó escrito en verso en la corteza de los árboles su nombre y la data de su descubrimiento que fué á 31 de enero de este año.»
(ABATE MOLINA.—*Historia del reino de Chile.*)

¡OH! no digáis que el poeta
es un proscripto en la vida
con un volcán en el alma
y un cielo en la fantasía!

No es su destino en la tierra
sólo arrancar de su lira
melodiosas vibraciones,
dulcísimas armonías.

Su misión es más hermosa...
y el vate que así la estima
más alto tiende su vuelo,
más alto los ojos fija!

Templar el alma en el bien,
buscar la fe que ilumina,
y alzar á la humanidad
á la verdad infinita...

Tal es su misión. Dejadle,
si el entusiasmo le inspira,
obedecer al impulso
de su alma ardiente y bendita;

dadle campo á su altivez,
templad su ardiente energía,
y de laureles gloriosos
ceñirá su frente invicta.

Y no digáis que el poeta
es un proscripto en la vida
sin otra ambición que el triunfo
efímero de su lira!

De brazo esforzado y noble,
de alma generosa y digna,
caballero y trovador
fué don Alonso de Ercilla.

Nunca desnudó su acero
sin razón y sin justicia,
y jamás volvió la espalda
á las armas enemigas.

Y, como en blandir la espada,
diestro en manejar la lira,
cantó en deliciosos versos
los hechos de la conquista:

versos escritos á veces
sobre el arzón de la silla,
muchas veces en los troncos
de aquellas selvas antiguas!

En las veladas nocturnas
en octavas peregrinas
consignaba las hazañas
que presenciara en el día.

Y de estos fragmentos frágiles
y de esas hojas perdidas
nació la hermosa *Araucana*
que hoy es honra de Castilla!

He aquí una hoja arrancada
á esas páginas bellísimas,
que, en homenaje al poeta,
yo he consignado en las mías.

—«Permitidme»—así una tarde
del mar del sud en la orilla
hablaba el gentil soldado
al capitán don García.—

«Permitidme, capitán,
lanzarme al mar, y á esas islas
lejanas que nuestros ojos
al horizonte divisan,

«llevar y clavar en ellas
la bandera de Castilla,
que en la tierra y en los mares
sobre dos mundos domina.

«Yo seré el primer cristiano
que llegue á la opuesta orilla,
cruzando, el primero, el golfo
de esta mar desconocida!»

—«Id,—le respondió el caudillo,—
donde el honor os convida:
y Dios premie vuestro aliento,
y vuestro esfuerzo dirija!»

La tarde estaba serena,
as leves ondas gemían
muriendo sobre una playa
de arena menuda y fina:

allá en la distancia, lejos,
como gaviotas tranquilas
sobre un lago transparente
que trémulas auras rizan,

cruzaban el manso golfo
en direcciones distintas
algunas leves piraguas
de aquellos pobres indígenas,

y se perdían á veces
entre las pequeñas islas
y aparecían de nuevo,
y de nuevo se perdían.

Entretanto, poco á poco,
iban las luces del día
apagándose, y la noche
cubriendo la inmensa cima

de las lejanas montañas
que en la pálida neblina
apenas dejaba ver
la vaguedad de sus líneas.

Era un panorama hermoso
aquel... Una mar tranquila,
una tierra agreste y triste
del todo desconocida,

una soledad profunda
llena de melancolía,
y un puñado de valientes
en tan lejana conquista!...

En la mañana siguiente
los españoles escrita
en la corteza de un árbol,
aquesta estrofa leían:

«Aquí llegó donde otro no ha llegado
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado
con sólo diez, pasó el desaguadero.
el año cincuenta y ocho entrado
sobre mil y quinientos por febrero,
á las dos de la tarde el postrer día
volviendo á la dejada compañía.» (1)

Volvió, en efecto el poeta
bien pronto á su compañía,

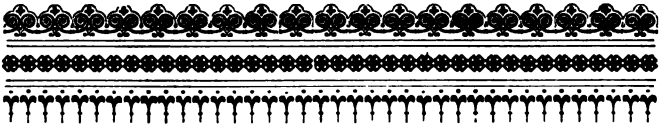
---

(1) *Araucana.* — Canto XXXVI.

á ser objeto de celos,
de emulación y de envidia.

Porque está escrito: las almas
superiores son las víctimas
de las intrigas cobardes,
de las pasiones mezquinas!...

Pero, esas bajas miserias
no alcanzan nunca al que fija
los ojos en sol más alto
y el vuelo tiende hacia arriba!



# MALOS AGÜEROS

«Amedrentados por ciertas supersticiosas observaciones del viejo Lientur que había querido participar de la gloria de la empresa, lo abandonó la mayor parte antes de llegar al término de la expedición. No obstante de esto, él, Butapichión diciendo no haber mejor agüero en la guerra que la gana de vencer, pasó adelante, etc.»

(ABATE MOLINA).

Es el famoso Lientur,
aunque en años avanzado,
el carácter más entero,
la primer lanza de Arauco.

Nunca turbaron su sueño
la timidez, ó el espanto;
nunca la alegre sonrisa
movió sus cárdenos labios...

Indomable en los combates,
pues batalla sin descanso
hace más de medio siglo,
todos respetan su brazo;

y en el consejo obedecen,
como á supremos mandatos,
á su voz autorizada
por la experiencia y los años.

Hoy nuevamente á campaña
sale; le siguen sus pasos
cuatro mil hombres de á pie
y más de mil de á caballo.

Va á batir en campo abierto
á aquel don Francisco Lazo,
célebre en nuestras historias
por sus hechos temerarios.

En las filas araucanas
reina un inmenso entusiasmo
porque va junto á Lientur
Butapichión esforzado.

Butapichión siempre marcha
á la vanguardia; su brazo
es el primero en herir,
y cuando hiere es un rayo.

Lo adora la juventud
porque con él ha cruzado
diez veces el Biobío
á talar contrarios campos.

Chillán y las Cangrejeras
conservan su nombre claro,
y en Nacimiento están frescos
los recuerdos de su asalto.

Hoy como prenda de lujo
lleva el joven araucano,

pues se la arrancó en los Robles,
la capa del mismo Lazo: (1)

y la lleva con donaire
como el que está acostumbrado
á cargar botín de guerra
conquistado á los contrarios.

Suenan las trompas y cajas,
se mueve el campo araucano,
y Lientur marcha en silencio
y Butapichión cantando.

El uno cumple un deber
austero, solemne y santo,
cuando va á lidiar; el otro
apenas cuenta treinta años,

y va á la lid, como van
las águilas al espacio,
á buscar aire más puro
donde elevarse más alto!

(1) GAY, *Hist. de Chile.*

Sabe que ha nacido libre
y no ha de morir esclavo,
y más que el deber lo arrastra
su generoso entusiasmo.

Fuerte en número y en armas
es el ejército indiano;
pero, también es muy fuerte
el español: tiene Lazo

dos mil valientes guerreros
junto á la plaza de Arauco,
y allí con ánimo espera
á sus émulos bizarros.

Recorre el campo, vigila,
no da á su cuerpo descanso,
porque de un momento á otro
teme un repentino asalto.

Mas, como cuenta en sus filas
regimientos veteranos
recién llegados de Europa,
magníficamente armados,

y jefes de nombradía,
que con general aplauso
en las campañas de Flandes
su claro nombre ilustraron,

le alienta doble confianza
que robustece su ánimo...
que, si como jefe es bueno,
es mejor como soldado!

La tarde estaba revuelta
y borrascosa; poblado
el cielo de negras nubes,
que se iban amontonando

cargadas de fluído eléctrico
al soplo del cierzo helado,
de la Andina cordillera
sobre los perfiles ásperos:

la tempestad arreciaba;
y á poco más todo el llanó
se vió de la sombra obscura
envuelto en el denso manto...

Á veces aparecía
el horizonte inflamado
en toda su latitud
por repentinos relámpagos;

y á veces por la vislumbre
de los fugitivos rayos,
para volver á quedar
amenazante y opaco.

En ese instante tal vez
del sol el último rayo
tras de aquella inmensa sombra
se perdía en el ocaso...

¡Ay! en tan triste crepúsculo
mal pudieran sobre el campo
brillar sus trémulas luces
muertas en un mar lejano!

Los escuadrones indígenas
iban en orden marchando,
cuando repentinamente
paró Lientur su caballo.

—«Silencio!,—gritó,—silencio!»
Todos al punto callaron;
y él continuó de esta suerte
con voz de profundo espanto:

—«Tened! Tened vuestra marcha,
valientes hijos de Arauco,
y no os lancéis al abismo
que se ha abierto á vuestros pasos.

«He visto al siniestro buho
que va los aires cruzando;
y he oído el eco siniestro
de su fatídico canto...

«Volved, valientes caudillos,
al hogar abandonado
y no emprendáis la campaña
bajo auspicios tan ingratos!»—

Con terror supersticioso
así hablõ el severo anciano,
resuelto á volver la espalda
al compromiso empeñado.

Butapichión menos crédulo,
ó tal vez más temerario,
respondió con voz airada
que estremeció todo el campo:

—«Á pesar de los agüeros
de tímidos visionarios,
hoy mismo los españoles
caerán en nuestras manos;

«que en la guerra los agüeros
más seguros y más claros,
son las virtudes que alientan
corazones esforzados.

«Queden atrás los que crean
en fatídicos presagios,
y adelante los valientes
que tengan pecho más ancho!»—

Dijo, y con rabia clavó
las espuelas al caballo,
hasta arrancarle la sangre
de sus ijares cansados.

Lientur volvióse á su tribu,
Butapichión siguió á Arauco;
el uno supersticioso,
el otro atrevido y franco.

Mas ¡ay! la fortuna adversa
le fué al caudillo araucano,
y en la célebre Albarrada
dió fin á sus nobles años.

Los agüeros se cumplieron,
tal vez porque eran infaustos,
y las trompetas de guerra
clamaron triunfante á Lazo.

¡Son los agüeros quimeras!...
¡Pero, fué muy desgraciado
cuando no hizo caso de ellos
el primer jefe araucano!

# UN HORÓSCOPO

«Señalando Micer Codro una noche cierta estrella, le aseguró que el año en el cual la viera levantarse en la parte del cielo que le señalaba, su vida corría inminente peligro; pero que si él lograba salvarlo, llegaría á ser el capitán más rico y renombrado de las Indias.»

(W. Irving.—*Vida y viaje de los compañeros de Cristóbal Colón.*)

## I

En un puertecillo humilde
de la Española una tarde
deliciosa de verano,
pronto el sol á sepultarse,

á orillas del mar se veía
un caballero paseándose,
de aspecto noble y altivo,
aunque de modesto traje.

A veces se detenía
pensativo, sin cuidarse
de cuanto en redor pasaba,
como si á su alma ocupasen

meditaciones profundas;
y á veces con desiguales
inciertos pasos seguía
en su camino adelante.

Otras veces largo rato
del mar en la tosca margen
quedaba clavado, fija
la audaz mirada en dos naves

que aparejaban sus velas
como para un largo viaje,
al soplo fugaz del viento
blandamente columpiándose.

Mudó de expresión de súbito
y en su severo semblante
cambióse el color, quedando
pálido como un cadáver.

No hay duda que lo absorbían
completamente muy graves
pensamientos, y que entonces,
en ese rápido instante,

cruzaba en su mente alguna
sombra, vaporosa imagen
de algún recuerdo lejano,
ó alguna ambición brillante!

La obscura noche entretanto,
iba envolviendo los mares,
el puerto, la playa, el cielo,
con sus sombras impalpables;

y se oía por do quiera
vaga, indecisa y errante
la armonía melancólica
de los genios de la tarde.

Mas, nuestro buen caballero
en medio de ese paisaje
romántico y solitario,
ni se cuidaba de nadie,

ni menos de si las sombras
empezaban á aumentarse,
ni si la luna alumbraba
del mar los blandos cristales;

y siempre fijos los ojos
en las dos lejanas naves,
un hondo y triste suspiro
dejó del pecho escaparse.

No bien suspiró, á su espalda
oyó un acento, que afable
lo interrumpió de esta suerte
cruzando palabras tales:

—«Suspira vuesa merced
con injusticia; y mal hace
el valiente caballero
en dar sus quejas al aire.

«¿Acaso en las carabelas
que mañana al Darien salen
el caballero se embarca
en pos de hazañas audaces?

—«Tal vez, Micer Codro; pero
parecen insuperables
los graves inconvenientes
que se oponen á mi viaje

—«Yo no los alcanzo: ¿acaso
anda el corazón cobarde?
—«¡Oh! ¡nó!...
—«¿Y el brazo?
—«Robusto...
—«¿Y la ambición?
—«¡Siempre grande!

—«Pues, si el ánimo está fuerte
no hay que temblar, y adelante!...
porque el templo de la gloria
sus ricas puertas os abre!

—«¿Es cortesía?
—«Está escrito
con las letras inmortales
de las estrellas del cielo,
que Dios ha puesto á mi alcance!

«¡Oid! en el horizonte,
allá lejos, levantarse
miro sobre el fondo obscuro
de aquel azulado esmalte,

«una solitaria estrella
hermosa, pura y brillante,
que eclipsando á las demás
las obscurece y abate:

«¡Esa es la vuestra: miradla!...
mucho su luz me complace
mas ¡ay! si volvéis á verla
donde la halláis esta tarde!

«Temblad, temblad, caballero,
que en aquel fugaz instante

en vos se para la rueda
de la fortuna variable:

«Gran peligro os amenaza,
duro y sangriento contraste,
en que víctima inocente
os harán almas infames!

«Pero si lográis salvar
de aquellos signos fatales
que marcan el giro incierto
de vuestra estrella inconstante,

«seréis el más afamado
de todos los capitanes
que en este mundo desplegan
de Castilla el estandarte!

—«Digáis verdad, Micer Codro;
y Dios os premie y os pague.
—«Tenga aliento el caballero
y ni un momento desmaye.

—«Júroos que mañana parto
á bordo de aquellas naves,
aunque á mi viaje se opongan
usureros miserables.

«Sabré burlar su codicia
y á su pesar embarcarme
que ante un porvenir de gloria
se siente el alma pujante!

«¿Qué son esas pequeñeces
que como en estrecha cárcel
sujetan mi ardiente brío,
mi ardor generoso abaten?...

«Sí, yo os juro, Micer Codro,
por la sombra de mi padre,
que me haré aplaudir del mundo
por mis hechos singulares!

—«Vasco Núñez de Balboa,
Dios os guarde, Dios os guarde:
pero recordad mi horóscopo
porque habréis de confirmarle!»

Calló el altivo español,
siguió el italiano errante
observando las estrellas,
y huyó apurada la tarde.

La noche tendió sus sombras
como velos funerales,
y un gemido melancólico
se oyó cruzando en los mares!

## II

A la mañana siguiente
entrambas naves se dieron
á la mar, al dulce impulso
de un fresco y próspero viento.

Iban á su borde muchos
audaces aventureros
á buscar oro y laureles
en pos de locos proyectos.

Los que quedaban en tierra
con cierta envidia y secreto
dolor á los que partían
saludaban desde lejos,

con tan sincero cariño,
con tan generoso afecto,
que parecían hermanos,
no tan sólo compañeros.

Así esas almas de bronce
se unían con lazos tiernos
en medio de los peligros
allá en un mundo desierto!

Espectáculo curioso
aquél, panorama bello,
que harto mejor que la pluma
lo dibuja el pensamiento...

Apiñados en la popa
los bravos aventureros
y agrupados en la playa
los habitantes del puerto,

todos, diciéndose adiós,
los hombres con los sombreros,
los niños con sus clamores,
las hembras con sus pañuelos!

El astrólogo italiano
quedó en la playa el postrero,
y al retirarse á su casa
fué dentro de sí diciendo:

—«Yo no lo he visto partir,
y no lo he visto en el puerto;
y no es hombre Vasco Núñez
que falte á sus juramentos!

«Mas, no mienten las estrellas;
y anoche leí en los cielos
que la fortuna sonríe
á sus audaces intentos».

Y así, echando aquestas cuentas
en el fondo de su pecho,
Micer Codro, el italiano
fuése á su casa en silencio.

¿Dónde está?—Todos lo ignoran...
¿Se encontró?—¡Tal vez!—Empero,
si está, ó no está Vasco Núñez,
es un profundo misterio.

Los usureros rabiaban,
se reía el pueblo de ellos,
que el pueblo inclemente siempre
se ríe del mal ajeno:

Unos decían: ¡qué infamia!
Otros: ¡qué golpe tan bello!
y hubo quien sacó su espada
para desfacer entuertos,

y defender el honor
del ausente compañero
que pudiera haber faltado,
pero, que estaba muy lejos!

Jefe de la expedición—
¡lo que va de tiempo á tiempo!—
era el bachiller Enciso,
atrevido leguleyo,

que tanto entendía en leyes
como en conquistas de reinos,
y manejaba la espada
como estudiaba el derecho.

Pasó revista á su gente
uno por uno; eran ciento,
tres frailes, un escribano,
dos alguaciles y un médico.

Estaban en alta mar,
claro y despejado el cielo,
los ánimos decididos,
y fresco y próspero el viento,

cuando repentinamente
con grande asombro, de en medio
de los marinos, alzóse
un apuesto caballero

de generoso talante,
de altivo, orgulloso aspecto,
hasta los dientes armado
y con manoplas de hierro.

Un grito de admiración
saludó al novel guerrero;
«¡Vasco Núñez de Balboa!»
clamaron todos á un tiempo...

¡Vasco Núñez!... ¿Es posible?
¿Dónde?—¿Cómo?—Es un misterio
la aparición repentina...
Mas, él con franco despejo

á los curiosos marinos
descifró el astuto enredo
que tramó para burlar
á sus crueles usureros:

les contó cómo metido
dentro de un tonel, y preso
en tan tenebrosa cárcel,
dejó transcurrir el tiempo

hasta esperar la alta mar
y á muchas millas del puerto
para mostrarse á los ojos
de sus nobles compañeros.

—«Obrad como os cumple ahora,
agregó con firme acento,
y pensad que en buena causa
puede ser útil mi acero;

«Pensad que á esfera muy alta
levanto mis pensamientos,
y que es hidalga mi sangre,
y que mi brazo es resuelto!»

Irritóse el Bachiller
con el huésped; mas los ruegos
entusiastas de los suyos
ablandarle consiguieron.

Hubo fiestas en las naves,
y aplausos y gran contento,
celebrando la aventura
del valiente caballero.

La estrella que Micer Codro
señaló, en aquel momento
sobre el lejano horizonte
iba á los cielos subiendo!

III

Desde aquel día en el mundo
corrieron algunos años,
y bien distinta y opuesta
fortuna tuvieron ambos.

En una roca desierta
enfermo y abandonado
rindió su aliento postrero
el astrológo italiano;

al paso que Vasco Núñez,
lleno de gloria y aplausos,
del indócil pueblo en hombros
subió á los puestos más altos.

Sujetó al trono de España
reyes y pueblos lejanos
que obediencia le rindieron
y á sus plantas se inclinaron;

y fué el primer europeo
que clavó con firme brazo
en las playas del Pacífico
los pendones castellanos.

Una tarde—horas sublimes
de melancólico encanto,
tan hermosas y tan tristes
bajo el cielo americano!

Horas de eternos misterios
y dulcísimos halagos,
en que la naturaleza
se rinde á un grato descanso;

en que las almas sensibles
tienden el vuelo al pasado
y humedecen sus recuerdos
con las gotas de su llanto;

en que todo es poesía
bajo un sentimiento mágico
que se despierta en el alma
misterioso y solitario!—

Una tarde Vasco Núñez
de los suyos rodeado,
consultaba á sus amigos
sus proyectos temerarios.

Para cumplirlos tenía
quinientos hombres, y cuatro
poderosos bergantines
perfectamente equipados;

contaba con el prestigio
de su nombre ilustre y claro,
con la aprobación del Rey
y la fuerza de su brazo.

Era su plan ir al Sud,
siempre al Sud, algunos grados,
hasta llegar á las playas
de un imperio dilatado

que extendía sus dominios
en esos pueblos lejanos
ricos en perlas y en oro,
llenos de pompa y de fausto.

—«¡Oh! qué hermoso porvenir,
exclamaba entusiasmado,
se presenta ante mis ojos
fácil para conquistarlo!

«De mi ambición alimento
será el imperio más vasto
que existe en el nuevo mundo,
del viejo mundo ignorado...

«En un mar desconocido
dueño de inmensos Estados,
si no igual al rey de España,
seré su primer vasallo!»

¡Cómo ciega la ambición!
¡Cómo en sueños insensatos
el corazón se adormece
de la fortuna en los brazos!

Al mismo tiempo que usaba
de este lenguaje el bizarro
aventurero español,
su vista alzaba al espacio

distrayendo en el crepúsculo
sus pensamientos livianos,
tal vez sin pensar que el cielo
suele ser un libro amargo!

Vió la estrella exactamente
en el lugar que diez años
atrás le indicó una tarde
el astrólogo italiano.

Lucía tan tristemente,
con tan indeciso rayo
que parecía apagarse
en las sombras del ocaso.

—«Patrañas! dijo; el astrólogo
quiso burlarme, pues cuando
mi porvenir es más bello
y mi destino más alto,

«la estrella de mi fortuna
pronta á caer al ocaso,
está en el punto, que él mismo
fijó como infortunado.

«Patrañas! ¿Cuándo el destino
quiso levantarme tanto?
¿Cuándo me ofreció la gloria
más lisonjeros aplausos?...»

Aun hablaba Vasco Núñez
cuando una carta á sus manos
trajo un paje de Pedrarias
con mucha urgencia llamándolo.

Y era una acechanza infame
y era un miserable lazo
que al ilustre héroe tendían
sus verdugos más villanos!

Lo acusaron de traidor,
como á tal lo condenaron:
vendidos eran los jueces
y eran los testigos falsos!

Públicamente en la plaza
fué el infeliz degollado,
entre los llantos del pueblo
y las risas del tirano!

# DESCUBRIMIENTO DEL MAR

## DEL SUD

«Mas allá de esas montañas, continuó el indio indicando al sur, existe un gran mar que puede percibirse desde esa cumbre. Lo navega un pueblo que tiene navíos casi tan grandes como los vuestros y que se empujan como éstos con remos y velas. El oro es tan abundante y tan común en ese pueblo como el fierro entre vosotros españoles».
(W. Irving. *Vida y viajes de los compañeros de Colón*).

—«¡Oh! no es bastante razón
para ira tan destemplada,
como la que se revela
en vuestras agrias palabras,

«ese oro que os hemos dado
en magnífica abundancia
y que á vuestra ambición loca
ni satisface, ni basta.

«Si aspiráis á más, buscadle
más allá de esas montañas,
donde abunda tanto, como
la arena en nuestras comarcas.

«Allí hallaréis grandes templos
con áureas cúpulas altas,
á orillas de un mar inmenso
de desconocidas playas.»

El cacique de Comagre
dijo así; y de una puñada
todo el oro derramó
que medía en la balanza

Vasco Núñez, para dar
á cada soldado exacta
parte en el botín que hambrientos
entre sí se disputaban.

No comprendía el indígena
cómo los hijos de España
codiciaran un metal
que ellos en nada estimaban.

No comprendía ¡inocente!
en su sencilla ignorancia
de esa hidrópica codicia
la sed que nunca se sacia.

¡Dichoso él! ¡Cuánto más libre
bajo su techo de palmas!
La libertad es la vida
y es el oro quien la mata!

El cacique de Comagre
con sus ardientes palabras
nuevo camino á sus glorias
abrió á los hijos de España.

Bello mar es el Pacífico:
en sus ondas azuladas
como en espejos brillantes
las estrellas se retratan.

Pueblan de eterna armonía
sus riberas solitarias
mil cánticos misteriosos,
mil brisas embalsamadas.

Nunca el sol su rayo esconde
sobre sus ondas de plata,
y en su cielo raras veces
revientan torvas borrascas;

pero, en sus tersos cristales
sobre sus espumas diáfanas
reina el genio del misterio
en la paz más dulce y blanda.

¡Cuantas islas pintorescas
en su seno se levantan,
como hermosos ramilletes,
tapizados de esmeraldas!

¡Cuántos golfos melancólicos
en sus costas apartadas,
entre bosques seculares,
al pie de agrestes montañas!

¡Cómo me place el crepúsculo
de sus románticas playas!
¡Cómo las horas sublimes
de sus noches estrelladas!

Razón tuvo Vasco Núñez
para emprender la jornada
del nuevo descubrimiento
que el cielo le destinaba.

—«Antes que el sol aparezca,
dijo, estará preparada
para seguir adelante
la expedición en su marcha.

«Hallaremos en la obra
de nuestra empresa bizarra,
para estimularnos mucho,
para detenernos nada!—

—«Hay cien ríos y torrentes,
que atravesar, y comarcas
donde la fiebre devora,
donde la vida se gasta.—

—«Adelante!—Hay que abatir
tribus salvajes y bárbaras
que con sus tristes cautivos
su hambre y su venganza aplacan.

—«Pues, adelante!... ¡á vencerlas,
generosos camaradas!
Digna de España, españoles,
es una empresa tan alta.»

Y así diciendo y obrando
en breves horas escasas
preparó el aventurero
la expedición temeraria.

Montado en un alazán
de fina andaluza raza
y con la lanza en la mano
y la visera calada,

y erguida la frente altiva
y la apostura gallarda,
retratando en su conjunto
la audacia de su arrogancia,

rompió la marcha el primero
al son de trompas y cajas
á completar de la tierra
el mal conocido mapa.

¡Cuánto sacrificio amargo!
¡Cuántas desventuras agrias
en jornada tan penosa,
en expedición tan ardua!

Atravesar sin caminos
esas selvas intrincadas,
y cada paso regar
con sangre en la áspera marcha:

eso pudo hacer tan sólo
aquella heroica constancia
de que muestra tan espléndida
dió esa gigantesca raza,

y que jamás pueblo alguno
pudo igualar en la larga
generación de los siglos
que abre la historia en sus páginas.

Después de crudas fatigas
llegó, en fin, á las deseadas
riberas del nuevo mar
que inmenso se dilataba:

el sol brillaba magnífico,
la esfera estaba tan clara
que ni una nube importuna
giraba á impulso del aura;

allá sobre el horizonte
se descubrían lejanas
algunas islas dispersas
en superficies de plata.

¡Qué hermoso cuadro! ¡qué líneas
tan puras y delicadas!
¡Qué vegetación tan rica!
¡Qué brisas tan perfumadas!

Más bien parecía aquello
que una realidad, la vaga
creación de un dulce sueño,
de alegre ilusión fantástica!

—«¡Gloria á Dios!—clamó el caudillo—
¡Gloria á su grandeza santa
que hoy corona con tal premio
nuestras bellas esperanzas!»

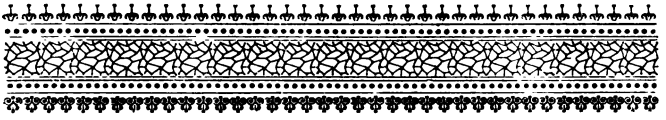
Dijo así, y con la bandera
en una mano, y la espada
en la otra, con pasos rápidos
adelantóse á la playa;

y en el mar entró resuelto
hasta esconderse en las aguas
el pecho entero; y hablando
con voz poderosa y alta,

tomó posesión en nombre
del Rey y señor de España
del nuevo mar, hasta donde
sus riberas alcanzaran.

Un magnífico *Te Deum*
religioso y entusiasta
contestó al héroe, elevado
al cielo en acción de gracias.

Nada hay imposible al hombre:
todo vence la constancia:
el mundo aplaude á los héroes,
Dios premia á las grandes almas!



# DUELO A MUERTE

«Se presentó Cadeguala delante del muro en un soberbio caballo que había quitado al mismo gobernador y desafió á batalla singular en el término de tres días al comandante de la plaza que era el mismo García Ramón ya echado de Arauco. Aceptado el desafío, etc.»

*(Historia del Reino de Chile* por el abate JUAN IGNACIO MOLINA.)

## I

Dos meses van ya corridos
de asaltos y de amenazas
desde que á Purén estrecha
el cacique Cadeguala.

Sostiene el penoso sitio
García Ramón, y nada
el español retrocede,
ni el araucano adelanta.

Tan bien resisten los unos,
como los otros atacan;
los unos en la campiña
y los otros en la plaza.

Cada día hay un combate,
en que la sangre mezclada
de españoles y araucanos
se derrama en abundancia.

De noche turba el silencio
de la vega y la montaña
el agrio son de trompetas
que retumba en las murallas;

y á los sonidos responden
los cuernos roncos y cajas
que en el campamento indiano
como una tormenta braman:

y cuando el sol aparece
sobre las cumbres nevadas
de la andina cordillera
que se mira á la distancia,

los combatientes empiezan
de nuevo la ardua jornada,
y como tigres hambrientos
vuelven á medir sus armas.

Cuatro mil soldados forman
en las filas araucanas,
y el caudillo español cuenta
apenas trescientas lanzas;

pero á la fuerza del número
suple la inmensa ventaja
de los buenos arcabuces
y las torres almenadas.

Cansado de tanto afán,
lleno de impetuosa rabia,
llegando en su potro negro
hasta el muro de la plaza,

así, en fin, prorrumpe un día
el cacique Cadeguala
desafiando al español
á una singular batalla:

—«Capitán, si sois valiente,
como la fama os declara,
venid á medir conmigo
en buena lid vuestra lanza!

«Mas, si el temor de morir
en el campo os acobarda
y á un duelo noble y honrado
os hace volver la espalda,

«os tengo por vil, y os juro
que en vuestras mismas murallas
os he de arrancar la lengua
y os he de escupir la cara.

«El premio del vencedor
ha de ser la misma plaza:
me la entregaréis, si os venzo;
si la suerte me es contraria,

«el ejército araucano
tocará la retirada
antes que el rayo del sol
se aleje de estas comarcas.»—

García, que desde el muro
el reto atento escuchaba,
respondió con voz tranquila
en estas breves palabras:

—«Acepto el emplazamiento,
y acepto de buena gana
las condiciones que fija
vuestra audacia temeraria:

«empeño para cumplirlas
el claro nombre de España;
y empeño para venceros
la fe de mi causa santa!»—

Sordo murmullo en el campo
indígena y en la plaza
se oyó al concluir don García
su contestación bizarra;

y luego un grito de guerra
con rugidos de amenaza
que atronó todo el espacio
y estremeció las montañas!

## II

En la mañana siguiente,
apenas la aurora brilla,
y ya los campos se mueven
en posiciones distintas.

En el valle cien banderas
y un bosque inmenso de picas,
y en los muros de Purén
la bandera de Castilla;

en las tropas de los bárbaros
hay más movimiento y vida
y todos á un tiempo mismo
mandan y cantan y gritan,

sin que puedan entenderse
entre tanta algarabía
las voces de los caudillos
que ordenan formar las filas;

al paso que los de España
guardan silencio y atisban
con ojo escudriñador
los escuadrones indígenas.

Todos esperan con ansia
que nazca el sol, en la cima
del Andes los ojos fijos...
¡y el sol esplendente brilla!

Al mismo tiempo se abren
de par en par las macizas
puertas de la plaza y sale
á caballo don García.

Con la visera calada,
la recia lanza tendida,
en actitud de combate
lentamente se encamina;

sobre su casco de acero
mecen las débiles brisas
una hermosa pluma roja
y dos plumas amarillas,

y en su escudo limpio y claro
que al mismo sol causa envidia
entre castillos y leones
una letra lleva escrita.

«Triunfo ó muerte» dice en ella,
y con ella significa
la firme resolución
de su abnegada energía.

Así el noble castellano
pide campo, y con altiva
majestad espera, muda
la lengua y la frente erguida.

No se hace esperar un punto
Cadeguala, y á tendida
carrera á su encuentro vuela:
tardar no quiere á la cita!

En negro corcel cabalga
de raza andaluza fina,
que va cubierto de espuma
y que impaciente relincha;

ciñe á su pecho una fuerte
coraza de pieles ricas,
probada en muchas batallas
y en mucha sangre teñida,

y embraza un pesado escudo
español, que fué conquista
de su esfuerzo en otros tiempos
en una plaza destruída.

Torva la frente levanta,
por los ojos echa chispas,
y con insultos horribles
á su rival desafía;

y para infundir pavor
(costumbre en Arauco antigua)
con cien colores diversos
se ha pintado las mejillas.

Hondo silencio reinó
un momento en ambas líneas,
hasta que juntos se hallaron
Cadeguala y don García.

III

Duro fué el encuentro: rotas
á un mismo tiempo saltaron
al choque de los escudos
las lanzas en cien pedazos.

Rápidos los combatientes
al punto se separaron,
y echaron mano á la espada
y apuraron los caballos.

El indio más impaciente
no da á su furia descanso
y antes de parar los golpes
los descarga en su contrario.

García Ramón no ataca,
pero se defiende; en vano
redobla el indio su empuje,
él no retrocede un paso.

Caballero el don García
á la lid acostumbrado,
ni le abandona la calma,
ni le fatiga el cansancio.

Sin acometer violento,
pero, sin mostrarse flaco,
no recibe un solo golpe,
ni aventura un golpe en falso;

y riñe de esta manera,
mas tal vez que con su brazo
con las armas de la astucia
y la frialdad de su ánimo.

El indio que juzga miedo
la maña de su adversario
siente aumentar su furor
y acomete más airado.

Algunos breves minutos
en esta lucha volaron,
y aun la victoria era incierta
por uno, ó por otro bando,

cuando repentinamente
con la rapidez de un rayo
se lanza el jefe español
contra el caudillo araucano;

y pecho á pecho lo estrecha
y lo amenaza, y de un tajo
le lleva el escudo y parte
en dos pedazos su casco.

Flaqueó el bárbaro un instante
y lo aprovechó el cristiano,
sobre su pecho la espada
hasta la cruz enterrando.

Dobló Cadeguala el cuello
abiertos tendió los brazos,
y se desplomó sin vida,
pálido y ensangrentado.

Huyó á carrera tendida
el potro negro del bárbaro,
y el corcel de don García
volvió á Purén paso á paso.

Un grito inmenso, vibrante,
de triunfo en unos, de espanto
en otros, retumbó entonces
en la plaza y en el campo;

Y al son de trompas y cajas
el ejército araucano
volvió la espalda á Purén,
como estaba estipulado.

# LA FUENTE DE LA VIDA

«Asegurároule que muy lejos hacia el norte, había un país abundantísimo en oro y en toda clase de delicias; pero lo más sorprendente que poseía era un río con la singular virtud de rejuvenecer á todo el que se bañaba en sus aguas.»

(W. Irving)

No hay uno más caballero
en todo el reino español
que el noble y viejo soldado
don Juan Ponce de León.

Cuando joven contra el moro
su invicto acero esgrimió
y en los muros de Granada
clavó triunfante pendón:

Más tarde del nuevo mundo
á las playas lo arrastró
tras de glorias y aventuras
su espíritu emprendedor.

Largas luchas, largos años
de heroísmo y de valor
dieron alas á su genio
y fuerza á su corazón.

Venció al fiero Agueybaná,
el más altivo campeón
que en las islas hizo guerra
al cetro del invasor.

Y para colmo de gloria,
su nombre de voz en voz
corre en España y en Indias
y arrastra la admiración.

Pero va llegando á viejo
el bravo Ponce de León,
y harto le pesa mirar
como desciende su sol.

¿Por qué los cabellos blancos
si el brazo guarda el vigor?
¿Por qué llegar á ser viejo
si es joven el corazón?

¡Cuántas veces en la playa
del ronco mar al rumor
vió deslizarse sus horas
en honda meditación!

¡Cuántas noches solitarias
sobre la almena veló
pensando en cuán breves años
da al hombre en la tierra Dios!

Y, filósofo profundo
el viejo batallador,
quiso detener el tiempo! ..
pero ¡ay! el tiempo pasó!

Tienen los Indios de Cuba
una hermosa tradición;
la guardan como una prenda
secreta de gran valor.

Saben (porque así del padre
al hijo se transmitió)
que hay una fuente sagrada
que tiene el precioso dón

de parar las fugitivas
horas de curso veloz,
y dar al anciano débil
juventud, fuerza y vigor.

En ella en las noches baña
su frente el ardiente sol
para renacer de nuevo
con fecundante calor;

allí en los primeros tiempos,
cuando el mundo se formó
por el genio de un Espíritu
poderoso y superior,

sus viejos padres bebieron
de su raudal; mas cayó
en ellos del grande Espíritu
la tremenda maldición,

y abandonaron la tierra
con pesadumbre y dolor,
y la fuente de la vida
para siempre se perdió.

En vano armaron los indios
una y otra expedición,
porque el cielo siempre oculta
la fuente les conservó;

pero lo que á ellos les niega
el cielo da al español,
en cuyas armas terribles
el trueno esconde su voz:

y él podrá encontrar la fuente
sagrada que tiene el don
de dar años inmortales
á quien su raudal bebió.

El cielo, benigno siempre
cuando reparte el dolor,
(compadecido del viejo
acaso lo permitió)

hizo llegar á noticias
de don Juan Ponce de León
la tradición misteriosa,
y un indio se la contó.

Asombrado el caballero
ante tal revelación,
ansiosa el alma de gloria,
de más vida y más vigor,

es fama que estas palabras,
la frente alzando exclamó:
—«con cien años más de vida,
me levanto ¡vive Dios!

«más alto que esos espacios
donde reverbera el sol
hallo la fuente de vida
ó quedo en la empresa yo!»—

¿Qué pudo negarse entonces
al brazo y al corazón
de esos bravos caballeros
que eclipsaron con honor

las fabulosas leyendas
que la antigüedad legó,
las campañas de Alejandro,
las victorias de Escipión?

Colón descubrió otro mundo,
otro mar Balboa halló;
y Cortés, abandonado
sobre una playa feroz,

con un puñado de bravos
conquistó al cetro español
más provincias que ciudades
heredó el Emperador:

—«¿Qué extraño entonces,—medita
así el de Ponce,—que Dios
me deje á mí descubrir
lo que á los otros negó?»

Así, entregado á sus sueños,
sin otro afán ni temor,
estaba el viejo embebido
en honda meditación,

mientras se alistaban naves
y caballeros de pro
para salir sin tardanza
á la nueva expedición.

Cuenta la historia que Ponce
largo tiempo recorrió
las islas tras de la fuente
con incansable tesón.

descubrió nuevas regiones;
pero, á pesar de su ardor,
de las aguas cristalinas
por desgracia, no bebió.

Desperanzado el buen viejo,
destrozada la ilusión
de sus ensueños de gloria,
y fatigado al dolor,

después de rudos trabajos
á Puerto-Rico volvió
á lamentar, como antes,
su severa condición.

¡Cuántas veces en la playa
del ronco mar al rumor
vió deslizarse sus horas
en honda meditación!

¡Cuántas noches solitarias
sobre la almena veló
pensando en cuán breves años
da al hombre en la tierra Dios!

Y, filósofo profundo
el viejo batallador
quiso detener el tiempo!...
pero ¡ay! el tiempo pasó!

# JUSTICIA DE DIOS

«Dicen los indios que cuando Huáscar se hizo matar, dijo: yo he sido poco tiempo señor de la tierra, y menos lo será el traidor de mi hermano, por cuyo mandado muero, siendo yo su señor natural.»
(INCA GARCILASO DE LA VEGA.—*Comentarios reales).*

EN Quito reina Atahualpa;
Huáscar, que á Huaina sucede
en el Imperio Peruano,
su asiento en el Cuzco tiene.

Ambos, aunque hijos del Sol,
de genios bien diferentes,
reinan, en paz el segundo,
y en guerra el primero siempre.

Movido por la ambición
Atahualpa, que es valiente,
declara guerra á su hermano
y en campo abierto le vence.

Le arrebata la corona
y á sus hijos les da muerte;
y cuando Huáscar se queja
y quiere á piedad moverle,

le responde con enfado:
«Á mis proyectos conviene
que vivas mi prisionero...»
—¿Siempre prisionero?—
—¡Siempre!—

Así corrieron tres años.
¡Cuántos problemas resuelve
el tiempo en plazo tan corto,
la historia en horas tan breves!

Prisionero de Pizarro
cayó Atahualpa el valiente,
y á manos pasó su cetro
de otra raza y de otros reyes.

Se queja de sus desdichas,
se lamenta de su suerte,
y á su altivo carcelero
mover con lágrimas quiere;

Pero Pizarro á sus súplicas
inflexible se mantiene,
y á sus voces está sordo
y á sus penas inclemente.

El Inca por su rescate
darle tanto oro le ofrece
cuanto quepa en la prisión
donde encerrado le tiene;

y cumple su compromiso
(increíble, en verdad, parece)
hasta saciar con usura
la codicia de aquel jefe!...

Pide, en cambio, el cumplimiento
de la promesa solemne
que el conquistador le hiciera
y su libertad pretende.

Y éste, airado le responde:
«A mis proyectos conviene
que viva mi prisionero...»
—¿Siempre prisionero?—
—¡Siempre!—

Con las sombras de la noche
forja Atahualpa y revuelve
para asegurar su trono
mil proyectos en su mente.

Llama y les dice á los suyos:
—«Dad á mi hermano la muerte,
que quitarlo de por medio
conviene á mis intereses.

«Acaso mis enemigos
tendiéndome falsas redes,
quieran ceñirle del Inca
la corona refulgente.

«Id, volad, cumplid mis órdenes;
y, pues sois vasallos fieles,
no dejéis que me arrebaten
la corona de las sienes!»

Clamó Huáscar por su vida,
pero, clamó inútilmente...
inflexible el duro hermano,
ni oyó, ni otorgó mercedes!

Consumado el negro crimen,
Atahualpa, algunos meses
después, hablaba á Pizarro,
y le hablaba de esta suerte:

—«Apartad de mi cabeza
la atroz sentencia de muerte,
y yo seré vuestro esclavo
humillado y obediente.

«No olvidéis, por compasión,
vuestras promesas solemnes...
dadme, por piedad, la vida,
y vuestro el imperio quede!»

Inflexible el español,
ni oyó, ni otorgó mercedes,
y es fama que en estos términos
habló del Inca á los jueces.

—«Sentenciad presto, señores;
y, pues sois vasallos fieles
de la corona de España,
no dejéis que de la frente

«del ilustre Carlos Quinto
esta corona se aleje;
ni que su brillo se empañe,
ni que su gloria se amengüe!»

Y cuentan que al alejarse
así murmuró entre dientes:
—«¡Que muera el Inca, no hay duda,
conviene á mis intereses!»—

Pena de garrote vil
sufrió Atahualpa: los jueces,
sordos á sus tristes quejas,
lo condenaron á muerte.

¡Ay! la justicia de Dios
no perdona al delincuente;
y al que á hierro mata, á hierro
también, desdichado, muere!

# LA HOGUERA

«Se cuenta que tendieron á las dos víctimas sobre unas parrillas, bajo las cuales había carbones encendidos. El ministro de Guatimozín sufrió al principio el tormento con valerosa resignación; pero hubo un momento en que su constancia estubo á punto de sucumbir, y lanzando un grito de dolor volvió los ojos hacia su señor como si le pidiese permiso para declarar. El emperador penetró el significado de aquella mirada, y dijo con la mayor sangre fría á su ministro—¿Y yo acaso estoy aquí sobre rosas?

Estas palabras recordaron al ministro su deber, guardó silencio, y sin proferir una queja, ni un suspiro, murió á vista de su señor.»

(CAMPE. — *Historia del descubrimiento de América.*)

CRUELES fueron, por demás, aquellos conquistadores que ensangrentaron de América las bellísimas regiones.

¿No les bastaba vencer?
¿Poco á su ambición enorme
fué, acaso, el campo de un mundo
lleno de pompas y honores?

Quisieron gloria, y la hallaron;
quisieron oro, y sus cofres
se repletaron con oro,
y con cruces sus blasones.

¿Por qué esa fiebre de sangre?
¿Por qué esos hechos, entonces,
que hoy con vergüenza consigna
la historia junto á sus nombres?

¡Crimen del tiempo!... ¡Tal vez!...
Pero el cielo los perdone,
si está al nivel la disculpa
de sus instintos feroces!

Cayó el mejicano imperio;
Se abatieron sus pendones;
y en sus muros solitarios
se desplomaron sus torres;

en los hermosos palacios
de sus ínclitos mayores
hoy se albergan satisfechos
os caudillos españoles.

Se cumplieron las antiguas
misteriosas tradiciones,
y están hechos cien pedazos
los altares de sus dioses;

pueblan la región del viento,
no los roncos caracoles,
las trompetas extranjeras,
los clarines vencedores.

Y, ¡ay! entretanto, están mudas
las calles, mudos los bosques,
porque entero Anáhuac gime
escondido en sus dolores.

Pero, hay uno que allá oculto
entre gruesos murallones,
sepultado en hondo duelo
y envuelto en perpetua noche,

llora más que todo Anáhuac
del destino los rigores
y la amarga esclavitud
que el cielo á su raza impone!

Es aquel Guatimozín
audaz, generoso y noble,
que ayer no más sostenía
los cetros de cien naciones!

Ni le valieron las armas
de sus fieles servidores
ni los grandes sacrificios
de sus sabios sacerdotes;

para apartar de sus manos
los pesados eslabones
con que le humillan y oprimen
sus audaces vencedores!

—«Descubre el oro, le dicen,
descubre el oro que escondes,
y reparte entre nosotros
los tesoros de tu corte.

«Dinos dónde están ocultos,
si en algún lejano monte,
ó en algún rincón del lago
que los tuyos desconocen.»—

Y como el indio orgulloso
ni una palabra responde,
ni á satisfacer se presta
su codicia hambrienta y torpe,

le añaden: —«pues que te muestras
tan terco á nuestras razones,
para arrancarte el secreto
tenemos medios mejores!

«Mira y ven.»—Y lo conducen
entre salvajes clamores
¡cielos!... á una hoguera horrible,
y fuego á la pira ponen.

Y con él también arrastran
(¡almas de insensible bronce!)
á su ministro Netzalc,
como él generoso y joven..

Arden, crujen los maderos,
denso el humo al sol esconde;
y las rojas llamaradas
multiplican sus colores;

Pero ni un ¡ay! ni una queja
manifiesta los dolores
de las desgraciadas víctimas
que se mantienen inmóviles:

que es natural del carácter
americano, esa noble
entereza para ahogar
las más vivas emociones.

Calla la turba... la escena
es atroz... ¿Dónde están, dónde,
esos pechos que se jactan
de cristianos y españoles?

¿No hay un valiente que impida
crimen ¡oh Dios! tan enorme?
¿No hay un alma que proteste
de la humanidad en nombre?

Repentinas y confusas
entre ayes desgarradores
del corazón de la hoguera
se oyeron algunas voces.

¡Piedad!—clamaba el ministro...
¡Piedad!... al cabo era hombre,...!
y tendía á los verdugos
sus brazos hechos tizones...

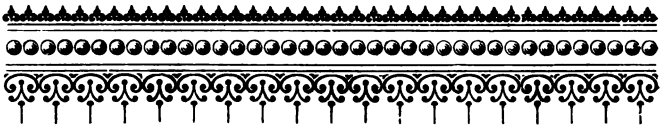
Pero no bien dijo así
cuando con ímpetu ahogóle
enérgica interrupción
de su señor—«Necio, torpe,»

mírame... ¿acaso yo estoy
en blando lecho de flores?
¿Acaso á mí no me hiere
de la desventura el golpe?

«No á tu patria, desgraciado,
indignamente traiciones:
si no como noble, muere,
al menos, muere como hombre!»—

Habló así Guatimozín,
y el ministro humilde y dócil
á recostar en el fuego
con serenidad volvióse.

Y con semblante impasible
volvió á sufrir sus dolores
hasta morir cara á cara
de sus bárbaros sayones.



# UN EPISODIO

## DE LA CONQUISTA DE MÉJICO

«Fué notable y digno de memoria el discurso que hicieron dos indios valerosos en la misma turbación de la batalla y el denuedo con que llegaron á intentar la ejecución de su designio. Resolviéronse á dar la vida por su patria, creyendo acabar la guerra con su muerte: y era el concierto de los dos precipitarse á un tiempo del pretil por la parte donde faltaban las gradas, llevándose consigo á Cortés.»

(ANTONIO DE SOLÍS.—*Historia de la conquista de Méjico*.)

### I

En el teócali sagrado
suena la trompa guerrera,
que á combatir por la patria
llama á todos los Aztecas.

No hay ninguno que no acuda
á su voz, y en la pelea
no vaya á cruzar sus armas
con las armas extranjeras.

De un antiguo adoratorio,
conquistado á viva fuerza
los invasores audaces
han hecho su fortaleza.

El templo es un cuadrilátero
de altas murallas inmensas
que ofrece á los defensores
poderosa resistencia.

Los príncipes del Imperio
han traído á la pelea
al frente de sus vasallos
sus elegantes banderas.

Allí se ve al de Tezcuco
que entre los suyos descuella,
con bandas blancas y rojas
en un nido de culebras,

el de Tizatlan el símbolo
que en sus pendones ostenta
es una garza muy blanca
sobre una elevada peña;

Tepeticpac en su escudo
dibuja un lobo entre flechas,
y orna su frente atrevida,
con plumas blancas y negras;

Guatimozín, aun muy joven,
pero de elevadas prendas,
destinado á ser más tarde
el héroe de los Aztecas,

con su voz y con su ejemplo
guía las huestes guerreras
y del Imperio de Méjico
el pendón sagrado lleva.

Son las armas del Imperio
un águila altiva y fiera
en actitud de arrojarse
sobre un tigre de la selva.

Un sordo clamor, un solo
grito en los vientos resuena,
y las almas estremece
de ardiente furor de guerra!

Las calles llenas de un pueblo
airado, las azoteas
llenas también, y los templos
trocados en fortalezas,

y confusión y desorden,
y ronco son de trompetas,
y gritos de combatientes
que mueren, ó desesperan;

tal es el cuadro que ofrece
la capital opulenta
de Anáhuac ¡ay! destinada
á cargar duras cadenas...

Cortés anima á los suyos,
y lucha de tal manera
que donde alcanza su espada
desolación sólo deja.

Junto á él se bate Alvarado,
alma atrabiliaria y terca;
pero, el jefe más bizarro
de las filas europeas.

Y más allá se descubre
sosteniendo la pelea
al famoso Bernal Díaz
que esta conquista nos cuenta;

y Olid, Escobar, Velázquez,
amor de Tecuixpa bella
y tantos otros valientes
que la historia no recuerda...

No avanzan los mejicanos,
porque, si atacan con fuerza,
también con fuerza defienden
los otros la fortaleza.

Era más de mediodía,
y en las columnas Aztecas
ya se empezaba á sentir
cansancio, si no flaqueza.

El sol del cenit pendía;
casi insoportables eran
sus rayos de fuego; el aire
quemaba; cárcel estrecha

parecía la ciudad,
que sofocante, tremenda,
oprimía los pulmones
de tantas huestes guerreras.

Los mejicanos cedían
el campo; de sus banderas
muchas habían caído
prisioneras ya; sus flechas

iban á embotarse débiles
en las murallas espesas
del templo; la confusión
reinaba, en fin, por do quiera:

los jefes no daban órdenes,
buscaba la soldadesca
su salvación en la fuga:
la derrota era completa.

Callaban los caracoles
de Anáhuac, y las trompetas
españolas anunciaban
la victoria más excelsa!

II

En esto de entre las filas
deshechas se desprendieron
dos guerreros: ambos jóvenes,
hermanos en sangre y genio.

El uno de frente pálida,
de ojos y cabellos negros.
de fuerte musculatura
y de ademanes soberbios,

era Cinthal.—Era el otro
Naothalán: de talle esbelto,
ágil de miembros, flexible,
de melancólico aspecto;

sobre su frente elevada
parecía hallarse un sello
grabado de tristes penas,
de dolorosos recuerdos.

Ambos apenas contaban
cuatro lustros, ambos huérfanos,
sólo tenían por madre
la patria de sus abuelos.

—«¿Dónde está, dijo Cinthal,
mejicanos, vuestro aliento,
si al enemigo que os hiere
volvéis la espalda tan presto?

«Esconded, como mujeres,
si no sabéis defenderos
como hombres, vuestra vergüenza
que yo maldigo y detesto!

«Ocultad vuestra ignominia
en el obscuro silencio,
si en vuestra frente os estampan
estigmas de oprobio eterno.

«¿Qué esperáis? ¿Tornáis la espalda
y la muerte os causa miedo?...
Mejicanos, á vencer
ó morir en campo abierto!...»—

Dijo así Cinthal valiente;
pero fué inútil su esfuerzo,
porque era el desorden grande
y era grande el desaliento.

Sólo su joven hermano
oyó sus nobles acentos,
y así respondióle al punto
con labio indignado y trémulo:

—«Cinthal, salvemos la patria!...
Nuestra vida consagremos
á la hermosa libertad!...
¡Aliento!... Un último esfuerzo!»—

Y arrastró á su noble hermano
para decirle en secreto
la noble resolución
que abrigaba en su alto pecho.

Cruzaron ambos las calles
ensangrentadas de Méjico;
ascendieron lentamente
los escalones del templo;

y en la azotea al hallarse,
á Cortés se dirigieron,...
El jefe español pensó
que eran tal vez prisioneros,

y cediendo á sus instintos
generosos, y dispuesto
á perdonarlos, dió un paso
adelante. Los guerreros

astutos á la muralla
lo arrastraron en silencio;
y allí, ambos solos con él,
del muro en lo más excelso,

se le abrazaron, y á guisa
de serpientes, con sus cuerpos

formaron un denso nudo;
y, haciendo un supremo esfuerzo,

se arrojaron desde el alto
áspero peñasco inmenso
con su presa al hondo abismo
para matarla muriendo!

—«¡Muere!» le dijeron ambos,
—«Muere, y que se salve Méjico!
Vale más que nuestra vida
la vida de nuestro pueblo!»—

Un grito lanzó Cortés
repentino, hizo un supremo
esfuerzo, apartó los brazos
que en recios nudos estrechos

lo apretaban fuertemente,
y se desprendió de ellos;
no sin haber balanceado
sobre el abismo su cuerpo!

## III

Pasó un instante... En las losas
del pavimento, sin vida,
cayeron los dos guerreros,
víctimas de su energía!

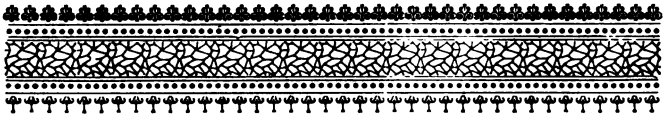
Inútil fué el sacrificio
de esas dos almas altivas:
la ruina de los Aztecas
en el cielo estaba escrita!

Las antiguas predicciones
al fin cumplirse debían;
y era inútil el combate,
y era inútil la porfía!

Ornad de verdes laureles
la hermosa tumba bendita
donde descansan los mártires
de sus gloriosas fatigas.

Allí el genio de la gloria
vela en silencio y vigila;
y allí va la humanidad
á postrarse de rodillas!

No importa el siglo, ó la raza...
La historia justa consigna
los hechos ínclitos, y hace
la posteridad justicia!



# ANTIGUOS VATICINIOS

«Y como teníamos acordado, el día antes de prender al Moctezuma toda la noche estuvimos en oración con el Padre de la merced, rogando á Dios que fuese de tal modo que redundase para su santo servicio; y otro día de mañana fué acordado de la manera que debía de ser.»

(BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO.—*Historia de la conquista de la Nueva España.*)

## I

ENTREGADO á los misterios
de meditación profunda,
en el trono Mejicano,
que entre magníficas plumas

con adornos de oro y plata
un águila real figura,
sentado está el poderoso
Emperador Moctezuma.

De finísimo algodón
viste una elegante túnica
por un cinturón riquísimo
ajustada á la cintura;

echado cuelga á su espalda
con severa compostura,
y prendido en broches de oro
un manto color de púrpura;

tiene inclinada la frente,
la mirada taciturna,
y un secreto sobresalto
en su rostro se dibuja.

La palidez que se advierte
en sus mejillas acusa
noches de insomnio, y acaso
días de largas angustias.

Acaso si alguien le observa
nota en su frente sañuda
que hay una idea constante
que le acompaña y le abruma;

algún pensamiento fijo
que él mismo no disimula
y que, cual sombra de muerte,
domina en su alma confusa!

En vano el pueblo lo aplaude,
y sus amigos lo adulan:
que no lo distrae nada
de su soledad adusta;

ni nada apartarlo puede
de esas sombras importunas
que el corazón le corroen
en honda é íntima lucha!

Cien provincias poderosas
homenaje le tributan;
sus espléndidos palacios
cubiertos de oro relumbran;

la victoria ha coronado
su nombre con palmas fúlgidas,
y se ha detenido en él
la rueda de la fortuna.

Entonces ¿cuál es el viento
que esas nubes tan obscuras
de dolorosos misterios
á su claro cielo empuja?

—«¡Ay! dice el pueblo—la causa
del dolor de Moctezuma
son los hombres del Oriente
que su limpia fama enlutan!

«Ya no es el noble guerrero
de alma atrevida y astuta:
es el infeliz que llora
opreso de extrañas dudas;

«es la víctima que espera
resignada y moribunda
la hora del sacrificio
que el sol naciente le anuncia!»—

Por distraerse se empeña;
pero, tenaz y profunda
la misma idea le oprime,
y no lo abandona nunca!

Rodeado está de los príncipes
del Imperio: en ellos busca
consejo, alivio, esperanza,
siquiera amparo y ayuda.

Y llama á los sacerdotes
para que imploren con súplicas
al cielo, sordo á las quejas
de su inclemente amargura!

Dice, en fin: «quitadme un punto
esta visión que me abruma;
dadme luz, amigos míos,
en mi horrible noche obscura!

«Decid si vienen los tiempos
de nuestras desdichas últimas,
que pronostican á Anáhuac
rigores de la fortuna...

«Leedme lo que en las páginas
de vuestras ciencias se oculta,
dadme á ver lo que en mis días
los horóscopos anuncian.»—

El anciano sacerdote
de Huitzlopochtli escucha
con atención las palabras
del tímido Moctezuma,

y el libro de los misterios
con veneración profunda
abre, y con la voz solemne
da principio á la lectura.

II

—«En aquellos tristes días
llorará Tenoxtitlán;
y entonces se cumplirán
las antiguas profecías.

«Unos hombres del Oriente
llegarán en son de guerra,
y mancillará la tierra
de sangre inmenso torrente.

«Los augures mejicanos
quedarán entonces mudos,
y los altares desnudos
de sacrificios humanos;

«y otros dogmas, y los ritos
de otro Dios sucederán
á los que hoy Tenoxtitlán
alza cánticos benditos.

«La guerra hará crudo estrago
en la ciudad desdichada...
¡Cuánto se verá humillada
la hermosa reina del lago!

«Hambre y peste y fieros males
estéril llanto y afán
á Anáhuac destrozarán
en esos días fatales.

«Los soldados extranjeros
vendrán armados del rayo;
llenos de mortal desmayo
temblarán nuestros guerreros;

«y quedarán reducidos
á miserables esclavos
los capitanes más bravos,
los príncipes más temidos.

«Cometas extraordinarios
cruzarán el firmamento,
y caerán de su asiento
los dioses en los santuarios.

«Se estremecerán los mundos
con recio, espantoso estruendo,
en sus entrañas abriendo
simas y abismos profundos;

«y en los vientos vagadores
se oirán extraños lamentos,
voces que pueblen los vientos
de fatídicos clamores.

«En aquella hora sangrienta
¡ay! del señor del Imperio!
¡ay! del duro cautiverio
que lo envilece y afrenta!

«¡Ay! de Anáhuac, destrozado
por el hierro vencedor!...
¡ay! del grande Emperador,
mas que todos desdichado!»—

III

Llegaba aquí en su lectura
mística y triste el lector
y Moctezuma lo oía
con vivísima emoción,

cuando al umbral de la puerta
de repente apareció
Hernán Cortés, sin cuidarse
de si estaba solo, ó nó.

Entró con ese desplante
propio del genio español,
como quien entra en su casa
sin vanidad, ni ficción,

altos los ojos, serena
la frente, un tanto feroz,
la mirada poderosa
fija en el Emperador.

Dirigiéndose al monarca
afable lo saludó,
y á su derecha sentándose
entabló conversación.

Con propósito marcado
hizo al cruzar el salón
que los ecos repitieran
el belicoso rumor

de sus espuelas doradas,
de su acero vencedor,
y de sus guantes de hierro
el duro y áspero son.

Iban con él los caudillos
de más estima y valor,
armados hasta los dientes
con espada y con lanzón.

Moctezuma hizo á los suyos
retirarse del salón,
tal vez por aparentar
confianza al conquistador,

y sin más que los intérpretes
con ellos permaneció:
esta plática curiosa
entablóse entre los dos...

Pero ¡ay! le valiera más
al incauto Emperador
no sentarse sobre el trono
que atrevido conquistó,

y en la obscuridad humilde
pasar sus años mejor
sin recibir embajadas
de Castilla y Aragón!

MOCTEZUMA

Bien venido el extranjero!

CORTÉS

Dios guarde al Emperador.

M.

¿Qué nueva os trae á palacio?

C.

Harto ingrata, ¡vive Dios!

que nos obliga á quejarnos
de una pérfida traición
cometida por los vuestros,
patrocinada por vos.

M.

¿Cómo?

C.

El infiel Quelpopoca,
diz por orden superior,
á mis nobles compañeros
villanamente asaltó

en Veracruz: esa sangre
derramada sin razón
exige á la faz del mundo
sagrada satisfacción.

Y vos, dueño de estos pueblos,
de eso responsable sois,
y en vos recae la afrenta
que se ha hizo al nombre español.

Ved que si ha sido violada
la paz que firmasteis vos,
grande como fué la injuria
será la reparación!

M.

Mal informado estuvisteis,
extranjero, y por mi honor
os juro que os engañaron...

C.

Pensad lo que habláis, señor!

M.

Si el general del Imperio
tal agravio cometió
será su castigo grande
como fué su falta atroz...

C.

Lo creo: pero, es preciso
para sellar nuestra unión
que vos nos deis una prueba,
como cumple á nuestro honor,

de vuestro afecto sincero,
de vuestra alta estimación,
y, en fin, de vuestra inocencia
para probarla mejor!

M.

¿Y qué mejor prueba cabe
que condenar al autor
de los hechos que originan
vuestra justa indignación?

C.

No basta...

M.

¿Pues qué?

C.

Es preciso
que se desmienta el rumor

de que el autor de ese agravio
sois vos, solamente vos.

Para alcanzarlo conviene
que conmigo vengáis hoy
al palacio que nos disteis
á habitar en nuestra unión.

Cumpliréis así esa justa
sagrada reparación,
y empeñaréis el afecto
de todo el pueblo español!

M.

¿Prisionero, yo, el monarca
de cien provincias? ¡oh!... nó!...
Antes que mi alma se rinda
á tan horrible abyección,

niégueme el pueblo de Anáhuac
su obediencia y su favor,

y en perpetua noche envuelto
quíteme su luz el sol!

C.

La medida que os propongo
nada os ofenda, señor;
que si sois vos nuestro amigo
amigo vuestro soy yo!...

Jamás!—volvió á repetir
con acongojada voz
el infeliz Moctezuma;
preso de horrible emoción;

jamás!— murmuró temblando
bajo la ingrata impresión
de las audaces palabras
del atrevido invasor.

Mas, no podía alargarse
mucho la escena; y duró
menos tiempo que el que emplea
la historia en su narración;

porque interrumpiendo súbito
el diálogo de los dos
jefes, así á Hernán Cortés
habló Velázquez de León:

—«Matadlo si no reduce
su insolente obstinación;
obre el acero inclemente
donde no alcance la voz!...»—

Comprendió el triste sentido
de las palabras de León,
y apurando hasta las heces
el cáliz de su dolor,

—«Iré, dijo, con vosotros,
arrastradme á la prisión
á regar con llanto amargo
la mancilla de mi honor!

«Vos sois, no hay duda, españoles,
aquellos hijos del Sol
que á nuestros viejos abuelos
Quetzalcoalt anunció!

«Que se cumpla en mi cabeza
la tremenda predicción...
Escrito estaba... ¡ay de Anáhuac!
patria, hogar, familia, adiós!» —

Y aparentando en su frente
serenidad y valor,
para esconder á su pueblo
el carmín de su rubor,

el infeliz Moctezuma
al atrevido español
sin arrancar una queja
con lentos pasos siguió!

# EL MISIONERO

Á MIS ANTIGUOS MAESTROS
LOS RR. PP. DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, JOSÉ DE LEÓN
Y CALIXTO L. GORORDO

HAY dos afectos sublimes
que engrandecen á las almas:
la santa fe religiosa
y el noble amor de la patria!

Ambos transforman al hombre
bajo su impresión sagrada
en otro sér más excelso
sobre otra esfera más alta:

en héroe, al que lleva á cabo
grandes, invictas hazañas,
y en mártir al misionero
de la santa fe cristiana!...

El héroe vierte su sangre
en las feroces batallas
y sacrifica su vida
de la libertad en aras;

pero tiene por testigo
de sus próezas bizarras
á todo un pueblo que alienta,
á todo un mundo que aclama!

Mas, el mártir!...Solo, enfermo,
en regiones apartadas,
bajo un hielo que lo abruma,
ó bajo un sol que lo abrasa,

del mundo desconocido,
sin más aplauso, ni fama
que la voz de su conciencia
que lo estimula y levanta,

sufre la muerte; y no en medio
del ardor de las batallas,
sino en obscuro abandono
donde nadie lo acompaña!...

Fué así como comprendieron
su misión noble y cristiana
los virtuosos misioneros
que á las playas solitarias

del Nuevo Mundo llegaron
sin otra ley, ni otras armas
que la Cruz del Redentor
y la fe de sus palabras!

Recorrieron anchos mares,
treparon rudas montañas
é inmensos bosques cruzaron
entre cien naciones bárbaras;

y regando con su sangre
cada paso en su jornada,
coronaron con el triunfo
la grandeza de su causa!

Se poblaron los desiertos;
y en las márgenes lejanas
de los ríos caudalosos
entre selvas centenarias,

se levantaron cien pueblos
de tribus regeneradas
que á los pies del misionero
depusieron su arrogancia!

Hoy al cruzar de la América
las apartadas comarcas
¡cuántas veces el viajero
después de una marcha larga,

algún pueblecillo de indios
divisa allá á la distancia,
y bendice la memoria
de aquellos que lo fundaran!

¡Cuántas veces sorprendido
por una recia borrasca
al recorrer de los Andes
las mesetas dilatadas,

en una humilde capilla,
solitaria y apartada,
á la sombra de la cruz
amparo á sus pasos halla!

¡Oh! cómo entonces recuerda
el corazón con sagrada
gratitud al misionero
que recorrió esas comarcas!

¡Cómo los labios bendicen
la memoria dulce y casta
de aquellos hijos del cielo
venidos á nuestras playas!

Sin embargo—¡Tanto puede
la maldad! De infamia tanta
son capaces los que olvidan
de Dios la ley soberana!—

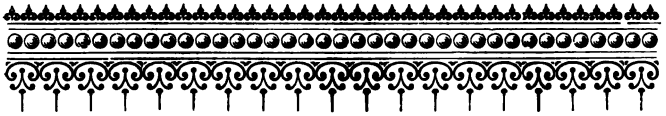
Hubo un rey, que sin respeto
ni á la virtud, ni á las canas,
en miseria y ostracismo
los hundió con ley ingrata.

¡Cuántos de ellos perecieron
de miseria en su jornada!
¡Cuántos, víctimas de viles
miserables acechanzas!

Los que salvaron su vida
¡ay! no salvaron su fama
del lodo de las calumnias,
de la mentira y la infamia!

Mas, hoy la luz se abre paso
entre las sombras opacas,
y la verdad se presenta
pura, limpia, inmaculada!...

¡De rodillas, de rodillas
ante la memoria santa
de los mártires de Cristo,
juventud americana!



# LA VESTAL AMERICANA

«Tuvieron los Incas en su gentilidad y vana religión cosas grandes y dignas de mucha consideración; y una de ellas fué la profesión de perpetua virginidad que las mujeres guardaban en muchas casas de recogimiento que para ellas en muchas provincias de su imperio edificaron.»

(INCA GARCILASO DE LA VEGA.—*Comentarios reales.*)

## I

HOY tan sólo entre las ruinas
algunos fragmentos yacen
de los templos que se alzaron,
allá en remotas edades,

en las islas pintorescas
que entre bosques de arrayanes
acaricia el Titicaca
con sus trémulos cristales.

Hoy solitario está el templo,
derribados los altares,
y en pedazos los antiguos
muros de mármol y jaspe.

No ya cuando en el Oriente
el sol espléndido nace
esmaltando con sus rayos
los perfiles de los Andes,

saludan su aparición
en conciertos virginales
mil doncellas consagradas
á tributarle homenaje;

ni ya cuando se desmaya
en los brazos de la tarde
sus plegarias religiosas
pueblan la región del aire.

En lugar de los jazmines
crecen las zarzas salvajes,
y en los caminos desiertos
ya no suspiran las aves.

Todo es hoy tristeza y luto
en los derruidos altares,
en los patios silenciosos
y en el solitario valle,

donde un día las antiguas
americanas Vestales
se consagraron al Sol,
que es del Universo padre!

¡Cómo á meditar convidan
sus profundas soledades!
¡Y cuánto lastima el alma
entre esas ruinas gigantes,

volver la vista hacia atrás
y recorrer los anales
de la historia americana
manchada con tanta sangre!

¡Qué de siglos han pasado
sobre esas ruinas! ¡cuán grandes
acontecimientos! ¡cuántas
generaciones y edades!

¡Cuántas, anexas á ellas,
tradiciones populares,
dulcemente conservadas
con respeto inalterable!

En esas islas nacieron,
acaso diez siglos hace,
los nobles hijos de Manco;
en ella el rico, pujante,

predominio de los Incas
tuvo origen; los anales
de la historia americana,
que aun entre las sombras yacen,

tienen sus primeras páginas
guardadas entre sus mármoles...
Pero ¿quién puede leer
sus letras indescifrables?

¡Oh! y en las tardes de estío
cuán hermoso es el paisaje
que ofrece el lago, al encanto
de sombras crepusculares!

Entre sus ondas azules
aparecen desiguales
cien islas; á la distancia
como formándole margen,

se divisa la estupenda
cordillera de los Andes,
vestida de eterna nieve,
coronada de volcanes;

y más allá, bajo un cielo
de terso, azulado esmalte,
se ve la pálida luna
de las cumbres levantarse!

Nuevo aspecto toma entonces
el delicioso paisaje
alumbrado por sus rayos,
que un nuevo encanto le traen:

reina una calma sublime;
las profundas soledades
se hacen más tristes, las luces
de los astros más suaves;

y se oye un eco en el lago
melancólico y errante
que repercute en el alma
con armonía inefable!...

## II

¡Ay, de la tórtola triste
cautiva en estrechas rejas!
¡Ay, de la estrella brillante
velada por nubes negras!

Mal hizo Huaina Capac
cuando encerró por la fuerza
en el convento del Sol
á la hija del Cuzco bella!

No eran, no, sus lindos ojos
para ocultarse en la yerta
soledad del templo obscura
y orfandad del claustro austera;

no eran sus dulces hechizos
para esconder su belleza
lejos del mundo, entre muros,
y en una roca desierta!

No nació el ave del bosque
para vivir entre rejas,
ni la ardiente hija del Cuzco
para reclusión eterna!

¡Oh! Y la encerraron tiranos
porque entre las niñas era
la más hermosa de todas,
la joya de más riqueza!

El sacerdote del Sol
tenía un alma de fiera
cuando ordenó que en el claustro
la escondieran sin clemencia.

En nombre del cielo habló!...
mas, si su intención fué buena,
cuando inclemente insistía
tenía un alma de fiera!

Ella lloró; pero, en vano:
las leyes eran severas,
inflexible el sacerdote
y la sentencia tremenda...

Quince años no más contaba
y al amor abría apenas
en alas de la esperanza
su alma entusiasta y risueña ..

Tal vez no sabía el Inca
que con la horrible sentencia
de guardarla entre murallas
y encerrarla prisionera,

la arrancaban de los brazos
de alguien, que en horas más bellas

gozara de sus encantos
seguro de sus promesas.

Texpi, el valiente guerrero,
la vió una tarde en la selva,
y desde entonces cautivo
de amor entre las cadenas,

no vivió sino en los sueños
de esperanzas hechiceras,
siempre por ella latiendo
y suspirando por ella.

Así vibraron unidas
esas dos almas gemelas,
como dos dulces gemidos
que arranca una misma cuerda.

¡Cuánto amor! ¡Cuántas caricias
entre las sombras secretas,
que sólo oyeron los astros
en largas noches serenas!

¡Ay! Y no sabía el Inca
que pasión tan casta y tierna
no era posible arrancar
sin arrancar la existencia!

Fué el día en que la encerraron
de llanto y de amargas quejas,
doliente la ceremonia,
melancólica la fiesta.

De los himnos religiosos
la monótona cadencia
fué la mortal puñalada
de la infeliz prisionera.

En manos del gran Pontífice
juró castidad perpetua
y al Sol consagró los días
de su fúnebre existencia...

¡Al Sol, padre de su raza!...
¡Oh! ¡cuánto más le valiera
nacer en esfera humilde
y no en cuna tan excelsa!

## III

Con murmullo melancólico
las ondas del Titicaca
al pie del templo rompían
sus espumas argentadas,

de tal manera que el claustro
de las vírgenes sagradas
enclavado parecía
en el seno de las aguas.

Era, por demás, hermosa
la situación de esa casa
á los ojos escondida
de la multitud profana;

pero, aunque hermosa, tan triste,
que mirada á la distancia
más que mansión de vivientes,
más que un templo, asemejaba

una inmensa sepultura,
apartada y solitaria,
de otro mundo silencioso,
en las visiones fantásticas.

Nunca llegaba allí un ruido
nunca más voces humanas
que los cantos melancólicos
de las tristes encerradas;

y si alguna vez el lago
cruzaba una frágil barca
era una nueva cautiva
al encierro destinada.

Ni un pescador, ni un viajero...
ninguna armonía extraña
turbaba el silencio lúgubre
del lago y del templo; nada

que pareciera dar vida
á esa soledad ingrata
entre las ondas azules
y entre las sombras opacas.

Siempre el lago solitario!
Siempre las puertas cerradas...
y escondidas á los hombres
las nobles vírgenes castas!

Pero, ¡ay! no valen candados
para encerrar á las almas;
sino los labios, los vientos
llevan las dulces palabras;

y suele á veces la noche
ser traidora á los que guardan
entre muros y entre rocas
prisioneras desdichadas,

y el mucho cuidado á veces
por más que vigila engaña:
el amor vence imposibles,
no hay muros para las almas!

Si alguien llegara á observar
desde las playas lejanas
el lago en las altas horas
de la noche perfumada,

acaso alcanzara á oir
leve rumor en las aguas,
como un remo que golpea,
como una quilla que pasa;

acaso al pálido rayo
de la luna, dibujada
viera una estela ligera,
como una cinta de plata,

sobre las trémulas ondas
blandamente acariciadas
por las brisas del estío;
y acaso allá en la distancia,

como exhalación fosfórica
que rápidamente pasa,
distinguiera entre la bruma
la vela de alguna barca;

y oyera el dulce sonido
de una *quena* solitaria
en medio del lago; y viera
sobre las toscas murallas

del templo del Sol la sombra
de una virgen delicada
aparecer un momento
después, silenciosa y cauta.

Era, no hay duda, una cita...
porque al lucir la mañana
desparecía la virgen,
el pescador ya no estaba!

Seguía el lago desierto,
abandonada la playa,
el claustro solo y solemne
y sin murmullo las aguas.

Habría sido testigo
de estas escenas románticas
el que en esas altas horas
y en esas playas velara;

pero, como nadie había
ni en el claustro, ni en las playas,
que pudiera sorprender
las citas enamoradas,

nadie, por fortuna, supo
sino la noche estrellada,
que el noble y valiente Texpi
escalaba las murallas!...

## IV

—«Tórtola triste, oprimida,
entre muros encerrada
sin ventura;
perla en el mar escondida,
hermosa estrella eclipsada
por nube obscura!
Oye las trémulas quejas
que al pie de tus duras rejas
alza á los vientos
tu amante desventurado
por el afán devorado
de sus tormentos.

«Cuando tú, virgen hermosa,
al cielo la voz levantas

dulce y sublime,
en soledad dolorosa
hay quien llora cuando cantas,
hay quien gime!
Cuando alzas tus lindos ojos,
postrada humilde de hinojos,
al cielo santo,
hay quien suspira por verte
y hay quien se rinde á la muerte
de su quebranto!

«Hija del Cuzco, despierta!...
Vuelve á la luz de la vida,
vuelve al mundo!...
Cuando llaman á tu puerta,
no dejes la voz perdida
de un moribundo!
Rompe tus malditos lazos;
desciende, Cintah, á los brazos
de tu amante!
Ven, de mi *quena* al sonido,
mi dulce dueño querido,
ven al instante!»

Sintióse un rumor, y luego
se oyeron bajos, muy bajos,
de ambos felices amantes
los ecos enamorados,

y algunas breves palabras
que los céfiros llevaron,
celosos, tal vez, celosos
de los murmullos del lago!...

Mas, no levante el poeta
el dulce, amoroso manto
que cubrió aquellas escenas
de misterios solitarios.

## V

Terribles eran las leyes
que á las castas Escogidas
en perpetua reclusión,
inclementes oprimían.

Bajo el yugo riguroso
de una triste tiranía,
cruzaban entre dos tumbas
la jornada de la vida!

¡Ay, de aquella que faltara
por liviandad, ó desdicha,
á las promesas que hiciera
al pie del altar un día!

¡Y, ay del infeliz culpable!
ella era enterrada viva,
y él ahorcado sin piedad;
y con ellos sus familias.

Era su hogar arrasado,
convertidas en ceniza
las casas de sus amigos,
y su memoria maldita!

Estrecho mundo es un claustro
para quien tiende su vista
más allá de unas murallas
que le oprimen y cautivan.

Cuidar el fuego sagrado,
Tejer el *Llauto* del Inca
Con las lanas de la *llama*,
ó los hilos de la *piña;*

y alzar los himnos sagrados
llenos de triste armonía
al aparecer el Sol
del Andes en la alta cima:

muy mezquino porvenir
para la doliente Cintah,
que sueña con otros goces
y en otro mundo delira!

Por eso siempre abrumada
por honda melancolía
lágrimas tiene en sus ojos,
palidez en sus mejillas;

y nunca frases alegres
ni lisonjeras sonrisas,

ni fervor en sus plegarias,
ni luz clara en sus pupilas!

—«¿Qué sufre Cintah? ¿qué penas
su corazón martirizan?
¿Por qué temerosa y pálida
su frente á la tierra inclina?

«¿Qué tiene la hija del Cuzco
que huye nuestra compañía,
suspirando sin consuelo,
sin consuelo y sin medida?»—

Sus compañeras del claustro
así entre sí se decían...
¡Inocentes!... Encerradas,
pobres palomas sencillas,

no tenían otro campo
que su reclusión sumisa,
y de nada sospechaban
porque nada comprendían.

## VI

Dulces para ambos amantes
iban las horas huyendo
con sus citas misteriosas,
con sus amores secretos.

Cruzaba el lago en la noche
el amante, del silencio
valido, y al pie del muro
llegaba audaz y resuelto;

y la virgen embriagada
cada vez más en sus sueños,
venía al muro también
á estrechar lazos más tiernos!

No es de extrañar que después
de los fieles juramentos
que repitieran mil veces
de la noche en el misterio,

quisieran aire más claro,
juraran volar más lejos,
y dejar del claustro obscuro
el torvo, inclemente encierro.

El la dijo: «hay otro mundo
de valles más pintorescos,
y donde el hombre es más libre,
porque es dueño del desierto;

«allí los árboles crecen
hasta perderse en los cielos,
y en sus bosques silenciosos
todo es fértil, todo es bello!

«Brilla el sol ardiente y puro,
suspira plácido el viento,
y son las noches hermosas
y blandísimos los sueños!

«Vamos allá, vida mía;
y en ese lejano suelo
sin leyes que nos opriman
felices ambos seremos!»—

Pero ¡ay! no faltan espías
que sorprendan los secretos
del amor y la fortuna,
con infamia en torpe acecho!

Llegó al claustro la barquilla—
era noche!—y un momento
después al pie de los muros
sólo dos voces se oyeron.

«Mi bien!... Mi amor!»—murmuraron
ambos amantes, y un beso
breve, entusiasta, amoroso,
repitió el lago en sus ecos.

Resonó súbito un grito
amenazante, tremendo,
y al mismo tiempo diez hombres
en la playa aparecieron.

—Maldición! exclamó Texpi,
y alzó la lanza—«Teneos»
Clamó una voz—«Adelante!»
Otra voz—Aliento, aliento!»—

Era el grande sacerdote
del Sol, dueño del secreto
de la virgen desdichada
y del culpable guerrero.

Cruzó una flecha en los aires;
pronto diez brazos tendieron
sus arcos sobre el valiente,
que atravesado en el pecho

por una flecha traidora
disparada desde lejos,
cayó abatido en la arena
en su propia sangre envuelto.

Cayó, como cae herida
en huracán turbulento,
la palma altiva y gentil
por el rayo de los cielos!

«Adiós, Cintah de mi vida!»—
Y no pudo más... el hielo
de la muerte ahogó en sus labios
sus últimos pensamientos...

Y rodando en la agonía
de sus instantes postreros
hasta la orilla del lago,
hundió en las ondas su cuerpo.

Corrió el sacerdote airado
tras él, á tomar, al menos,
prisionera á Cintah!... ¡Tarde!
El amor fué más ligero!...

Pues, Cintah al instante mismo
en rapto espontáneo y ciego
precipitándose al lago
burló su atrevido intento.

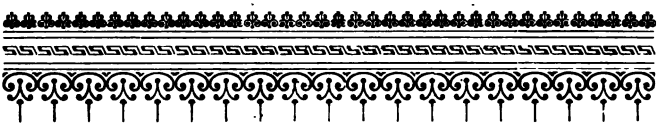
Las blandas olas azules
con fúnebre son gimieron,
la luna asomó su frente
y todo volvió al silencio!

En la siguiente mañana
bogaba á merced del viento
una barquilla en el lago
sin timón, mástil, ni remo.

## SEGUNDA PARTE

---

# LA INDEPENDENCIA



# «ET FACTA EST LUX»

"Gloria in excelsis!"

Dios á los pueblos levanta!
Dios bendice las banderas
de los pueblos que combaten
en justa y honrada guerra.

Él, que da estrellas al cielo,
que señala al mar riberas,
que á los soberbios abate
y á los humildes eleva,

domina sobre los siglos,
inmensos imperios crea,
y sobre antiguas rüinas
levanta torres excelsas!

—«La libertad no es el sólo
patrimonio de una lengua,
ni la conquista de un hombre,
ni de una raza la herencia!

«Es don de todos los pueblos,
no tiene color ni tierra,
ni late en límite estrecho,
ni reconoce fronteras.

«Nació en la sangre de Cristo
sobre la sagrada peña,
que prosternados de hinojos
cielo y tierra reverencian.»—

Así está escrito! Por eso
en los confines de América
resonó en horas sublimes
rumor de rotas cadenas.

Larga fué la lid, tremendos
los años de la contienda,
mucha la sangre vertida,
mucho el horror de la guerra!

El martirio tuvo palmas
de inmaculada grandeza
para vírgenes hermosas
que nuestra historia venera;

laureles verdes crecieron
en los campos de pelea,
donde con sangre de héroes
germinó la Independencia;

el mar en su crespa espalda,
espejo de las estrellas
de nuestros nobles mayores
testificó las proezas ..

Y se sentó la República
libre, triunfante, altanera
sobre diez pueblos valientes
que con su savia alimenta.

No de otra suerte aparece
el sol en la limpia esfera,
después de una noche obscura
de borrascosa tormenta...

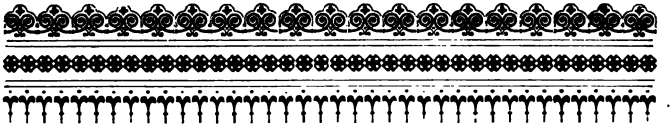
Las aves cruzan alegres,
la atmósfera lisonjera,
abren su seno las flores
al aura que las recrea;

gime en láminas de plata
el terso arroyo en la selva,
y el mar con dulce murmullo
se desmaya en la ribera.

Como de un sueño pesado
toda la naturaleza
entre dulces armonías
á la vida se despierta.

Nace el sol entre cortinas
de nubes blandas y bellas
que fingen en sus caprichos
revueltos paños de seda...

Es el *fiat lux* que el mundo
cada mañana contempla,
obra de un Dios poderoso,
Señor de cielos y tierra!



# SANTO PRINCIPIO

«En Chile no hay esclavos, y el que pise su territorio queda libre No puede hacerse este tráfico por chilenos: el extranjero que lo hiciere no puede habitar en Chile, ni naturalizarse en la República.»
*(Constitución Política.)*

—«HAY férreas cadenas duras
que romper con mano fuerte
para dar al Nuevo Mundo
la libertad que no tiene;

hay que retemplar el alma
en sacrificios solemnes
para obtener la victoria
después de luchas crüeles:

Pero, hay lágrimas también
que consolar y que vierten
ojos que á nadie dan lástima!
seres que á nadie conduelen!

Hundido en el sucio polvo
allá en miserable albergue
gime desdichado esclavo,
hijo del África ardiente.

Su negra tez, su miseria,
su desventurada suerte,
la crueldad con que le tratan
fieros amos inclementes,

lo hacen rendirse abatido,
doblar al suelo la frente,
como una fiera salvaje,
que se humilla y envilece!

¡Santo Dios! Y esas cadenas,
y esos harapos que envuelven
á un hombre que el alma á imagen
de Dios, cual nosotros, tiene;

y ese tráfico maldito
que lo asesina y lo vende,
y con su sangre comercia,
y con su carne enriquece:

¿No claman venganza al cielo?
¿al pecho honrado no hieren
con el puñal de un dolor
que hasta las piedras conmueve?

¿No gritan á la conciencia:
«vengadme y satisfacedme,
lavad la terrible afrenta
que á la humanidad se infiere?»

¡Oh! sí!... Tamaña injusticia
castigo eterno merece;
exige crimen tan negro
reparaciones solemnes!

¡Truene el cañón! Cuando rompa
la América independiente
los primeros eslabones
de su servidumbre, debe

dar al mundo el bello ejemplo
de romper con mano fuerte
las cadenas del esclavo,
que son infames y aleves...

Esa es la fraternidad
que con su sangre inocente
proclamó Cristo en el Gólgota...
ley de Dios que nunca muere!...

¡Truene el cañón! La bandera
de la Patria no consiente
ni para los pobres, amos,
ni para los pueblos, reyes!»—

Dijo el Genio americano;
y con letras de laureles
la libertad del esclavo
se proclamó para siempre...

# AMOR Y MUERTE

«Mas ninguna muerte hizo en aquella época desastrosa una impresión tan profunda entre los habitantes de la Nueva Granada, ni demostró más claramente hasta donde llegaba la crueldad de los jefes españoles, como la de Policarpa Salvarrieta...

«Marchó al patíbulo con paso firme, increpando á los españoles su bárbara crueldad, exhortando á sus compañeros á que muriesen con el carácter y valor de hombres libres, y anunciando en alta voz que bien pronto sería vengada su sangre por los libertadores de su patria.»

(RESTREPO. — *Historia de Colombia.*)

## I

Si historias de amor os placen,
si en vuestras horas perdidas
en vez de escenas guerreras
queréis afecciones íntimas;

si buscáis en el encanto
de la suelta fantasía
el reposo para el alma
después de duras fatigas;

en los fastos de Colombia,
que es en grandes hechos rica,
leed la historia de aquella
generosa Granadina,

que en un martirio sublime
rindió con honra la vida
por su amor y por su patria,
grande aquél, estotra altiva!

Amó y fué amada: los cielos
á su dicha sonreían,
y era el mundo para ella
el Edén de las delicias.

Estaba en aquella edad
en que la tierra bendita
brota flores de ilusiones
con tesoros de armonías.

Boga en un mar, que del tiempo
las riberas no divisa,
bajo un sol siempre brillante
la barquilla de su vida.

Edad de santos misterios,
cuánto breve, pura y linda,
que por ser tan bella, dura
lo que las flores de un día!

Diez y siete primaveras
la hermosa apenas cumplía
cuando fué amante entusiasta,
y amante correspondida;

tipo fiel de aquella raza
de hermosura peregrina,
que es común en nuestro suelo,
natural en nuestros climas.

Tienen gracioso donaire
las alegres Argentinas;
las Chilenas, tez de rosa,
frescos labios, dulce risa;

rivales de las morenas
que adornan la Andalucía,
son las joyas de los trópicos,
las del Guayas y del Rímac:

pero, ninguna entre todas
es tan bizarra y tan linda,
ninguna más hechicera
de cuantas vírgenes brillan

en el suelo americano,
que la virgen Granadina
que los suyos llaman Pola...
Pola, la ardiente mestiza,

tiene dos soles por ojos,
dientes que son perlas finas,
cabellos que destrenzados
tocan la tierra en que pisa;

Manos que son de azucenas,
formas que al mármol humillan,
sonrisa que es de los cielos
y miradas que electrizan.

Está dotada su alma
de extraordinaria energía,
de vivos, nobles afectos
y de ternura exquisita;

no sabe querer á medias,
emerosa, ni egoísta,
y lo que siente en el pecho
reverbera en sus pupilas.

Alma de temple elevado,
para el martirio nacida,
no para un mundo indolente,
que ni estimula, ni admira!

Su amante era un granadero
de los tercios de Bolívar,
que contra los invasores
luchaba en primeras filas:

su espada nunca manchada,
nunca con temor rendida,
en Boyacá más gloriosa
hubiera brillado un día,

si la fortuna traidora,
que en rueda inconstante gira,
no le abriera un hondo abismo
en la mitad de su vida!

Tal fué de Cundinamarca
la generosa heroína,
y tal el noble mancebo
que gozó de sus caricias!

## II

Recorre la selva el tigre
víctimas buscando en ella,
satisface su hambre impura
con cadáveres la hiena;

Sámano, el atroz caudillo
de los tiranos, acecha
la ocasión de darles pasto
á sus instintos de fiera,

y á la infeliz Bogotá
abruma con las cadenas
de la opresión más terrible,
de la esclavitud más negra.

Con sus espías traidores
de las familias penetra
los secretos más sagrados,
las más puras confidencias.

De noche cuando las sombras
cubren la ciudad, husmea
como el lobo hambriento en torno,
y ronda de puerta en puerta

en pos de conspiraciones
que fragua en su alma perversa,
para teñirse de nuevo
con humana sangre fresca.

Puñal que hieres de frente,
¿dónde estás que no penetras
con rabia en el corazón
de ese infierno de miserias?

¿Dónde estás, rayo del cielo,
que á la humanidad entera
no vindicas con tus iras
hiriendo esa alma de piedra?

Y entretanto al dulce brillo
de una luna casta y bella
unidos los dos amantes,
en brazos de la inocencia,

se juran eterno amor
y en sus cándidas promesas
cada nota es un suspiro
y cada frase un poema.

Van á separarse pronto:
él va de nuevo á la guerra
á combatir por la causa
de la santa independencia,

y ella solitaria y triste
queda en lágrimas deshecha,
sin más amparo que Dios
que por los huérfanos vela.

Mas, si ella llora, no es llanto
el suyo de flaca pena,
que debilite al guerrero
ni detenerle pretenda.

Llora, porque son las lágrimas
bálsamo del alma tierna,
que purifica sus actos
y da esperanza á sus quejas.

Llora, porque en la mujer
son las lágrimas que ruedan
lo que el rocío en las flores
lo que la luz en la esfera!

El golfo de Panamá
en su seno esconde perlas;
más hermosas ¡ay! las vierte
la mujer que llora penas!

—«Vé á lidiar! No te acobarden
los ayes de mis dolores:
valen más que mis amores
la patria y la libertad!

Me sublevo á mis pesares...
no te aflijas por mi suerte...
caballero quiero verte
sin gemir, ni desmayar.

«Unido al nombre querido
de la patria en la batalla
y en medio de la metralla
y al sonido del clarín,
sólo pido á tus recuerdos
de otro nombre el eco blando,
que en su duelo suspirando,
va siguiendo en pos de ti!

«Tengo celos en el alma,
y de todos tengo celos,
hasta de los mismos cielos,
que es tan inmenso mi amor:
Sólo parto con mi patria
mi cariño ardiente y fiero...
Yo te adoro, caballero
te odiaría desertor!»—

Al robusto tronco enlaza
sus hojas la enredadera
para escapar al empuje
de la tempestad violenta;

así vive solitaria
largos años en la selva
reclinada sobre el árbol
que su protección le presta.

No de otra suerte inclinóse
la encantadora doncella
sobre el pecho del mancebo,
desprendida la melena.

Grabó un beso el caballero
sobre su frente morena,
y ahogando un hondo gemido
se perdió en la noche negra!

Unos ojos iracundos,
de esos que infamando acechan,
protegidos por las sombras
contemplaban esta escena!...

## III

No bien en el horizonte
brilló la siguiente aurora
cuando el tirano terrible
dió pasto á su sed rabiosa...

sed insaciable de sangre,
que creciendo hora por hora
en raudal de tanto crimen
nunca se extingue ni ahoga!

En una lóbrega cárcel
está la inocente Pola
víctima de sus verdugos
que la atormentan y mofan:

Mas, no por eso desmaya
su alma noble y generosa,
que en su misma desventura
templa su virtud heroica.

Artistas americanos,
si queréis á vuestras obras
dar triple interés con hechos
de nuestra brillante historia;

si argumento más sublime
queréis que flores y rocas,
y horizontes transparentes,
y lagos con blandas ondas;

buscad para vuestro genio
hazañas que al alma asombran,
y dad el primer lugar
á la virgen de Colombia.

Pintadla entre los tiranos,
que como lobos la acosan,
pálida, sublime y muda,
resignada y majestuosa:

en tributo á su heroísmo
ceñid á su sien la aureola
de eterno brillo sagrado
que á los mártires corona:

Haced notar el contraste
que con sus verdugos forma,
ellos tan torpes y bajos,
ella tan alta y heroica!

Así formaréis escuela
que las edades remotas
saludarán con aplausos
y coronarán de gloria!

Y dijo el tigre á los suyos:
—«caigan las venganzas todas
de nuestras almas de bronce
en la arrogante criolla!

«Cumplan su deber las leyes
teñidas con nuestra cólera;
y en la plaza se levanten
los andamios de la horca.»—

Días de luto en el pueblo
de agrio llanto y quejas torvas
fué aquel en que al vil cadalso
subió la valiente Pola.

Se cerraron las ventanas,
las calles quedaron solas...
solas, sin otros testigos
que el tirano de Colombia

y sus infames esbirros,
y la soldadesca tosca
que acompañaba á la víctima
al son de las cajas roncas.

Ella marchaba serena
entre esa fúnebre pompa
de inhumanos corazones,
de palabras rencorosas.

No pensaba en su desgracia:
pensaba en su patria hermosa
aprisionada y herida
por puñaladas tan hondas;

pensaba en el dulce dueño,
á quien en alegres horas
juró amor y dió el perfume
de sus más tiernas memorias!

—«Bien vale morir, decía,
por la patria que se adora,
si hay un Dios que desde el cielo
á las virtudes corona.

«Pero, morir lejos de él,
no volver en mi última hora
á él mi postrer mirada...
¡esta es mi fatal congoja!...

«¿Dónde estás, dueño del alma?
¡Oh! á mis ojos no te escondas!...
ven á ver cómo las fieras
mis tristes restos devoran!»—

Diz que el cisne cuando muere
canta con fúnebres notas
el himno de su agonía
sobre las trémulas ondas.

Lucrecia al partir su seno
con el puñal de su honra
llamó á su pueblo al combate,
dió la libertad á Roma!

La Mártir americana
menos fiera y más piadosa,
como ella templó en su sangre
el himno de su victoria:

—«Compatriotas, en mi ejemplo
aprended lo que os aguarda,
si el peligro os acobarda
para correr á la lid!
«¡Oh! ya no os queda otro medio,
generosos colombianos,
que vencer á los tiranos
ó en el martirio morir!»

Se oyó violento redoble...
rindió su aliento la Pola
los breves pies en el aire
el blando cuello en la soga.

Pero, en ese instante mismo
vió con alegría loca
á su amante junto á ella
testigo de sus congojas.

Mas, no iba el noble guerrero
á consolarla en sus horas
de agonía infortunada...
iba á morir en la horca

en que ella misma moría...
¡Eran dos trémulas hojas
de un mismo tronco arrancadas
una tarde tormentosa!

# ANIVERSARIO RELIGIOSO

«Belgrano la nombró (á la Virgen de Mercedes) é hizo reconocer por generala del ejército.»
(*Memorias del general Paz.*)

## I

Era uno de aquellos días
que la América conserva
con religioso respeto
entre sus bellas leyendas:

uno de aquellos famosos
en nuestras antiguas guerras,
célebre en los nobles fastos
de la santa Independencia.

Las filas de los patriotas
completamente deshechas
y destrozadas buscaban
en el Tucumán defensa.

Para llegar á salvarlas
Belgrano ponía á prueba
de su voluntad heroica
toda la augusta grandeza:

todo el tesón de su genio
para impedir la funesta
deserción que aniquilaba
las reliquias de sus fuerzas.

Encerrados los valientes
dentro de la ciudadela,
á una remota esperanza
abrían el alma apenas,

cercados como se hallaban
de una muchedumbre inmensa
de enemigos victoriosos,
y casi extinguida y muerta

la generosa confianza
que los corazones templa
para las grandes acciones,
para las altas proezas.

Los desgraciados patriotas
sufrían terrible prueba:
la de morir en el campo
ó rendirse á las cadenas!

Al primer rayo del sol
y al eco de las trompetas,
de los caudillos de España
se desplegaron las fuerzas.

Eran seis mil veteranos
probados en cien contiendas,
que atestiguaban su gloria,
desde las altas mesetas

que son nidos de los cóndores
y cuna de las inmensas
corrientes del Amazonas
entre las nieves eternas,

hasta los valles ardientes
que señalan las fronteras
de las brisas de las cañas
y los cierzos de las peñas.

Ocupaban con sus cuadros
la campiña toda entera,
formando bosques de lanzas
alfombrados de cureñas.

¡Qué de variados colores!
¡qué de líneas pintorescas
desarrolladas á guisa
de serpientes giganteas!

¡Qué cascos tan relucientes!
¡Qué multitud de banderas!
desplegadas á los vientos!
¡Qué ronco rumor de guerra!

Entretanto los soldados
de nuestras filas modestas,
prosternados de rodillas
bajo el techo de una iglesia,

invocaban el auxilio
de la Virgen Madre y Reina
de los cielos, é imploraban
su generosa clemencia.

De manos del sacerdote
y al pie de la santa reja,
era el santo Sacramento
pan de su piedad sincera.

El ángel que lleva á Dios
las plegarias de la tierra
también llevó en ese instante
una celestial promesa...

Vedlos en la lid ¡cuál riñen!
¡Cuál chocan las bayonetas!
¡Cuánta mortandad y espanto
en entrambas filas reina!

La fortuna caprichosa,
si bien suele ser veleta,
hoy parece dar al número
el éxito de la empresa;

y los patriotas desmayan,
y los enemigos medran,
y la libertad sucumbe,
y la esclavitud se eleva!

Así parece... mas súbito
una nube densa y negra
sobre los cielos se extiende,
enluta toda la esfera

y en obscuridad profunda
su luz vivísima trueca:
se alza un viento de improviso,
que con sus alas violentas

empuja al campo español
las nubes que se atropellan,
como cortinas de muerte
sobre sepulcros de piedra:

se oye un extraño clamor
por las bóvedas etéreas
que á los del Plata da aliento
y á los de Europa amedrenta.

Se hallan éstos casi á obscuras
en sombra envueltos, no aciertan
golpe ninguno, y se espantan
de la extraordinaria escena.

A los de Belgrano, en cambio,
no les daña la tormenta,
mas sienten dentro del pecho
que el corazón se les quema.

Su vigor se robustece,
su ira impetuosa se aumenta
y en brevísimos instantes
señores del campo quedan.

Sangre á torrentes derraman
las huestes contrarias, tiemblan
y huyen, heridas de muerte,
acongojadas y trémulas...

Las páginas de la historia
argentina no recuerdan
entre sus fastos guerreros
una hazaña más excelsa!

«¡Milagro!—claman á voces
que retumban en la esfera,
los de Belgrano—milagro
de la Madre de Dios bella!

«La Virgen nos ha salvado
de una muerte pronta y cierta...
Es suyo el laurel glorioso
que hoy ciñe nuestras banderas!»—

II

El mismo día en recuerdo
de una victoria tan célebre,
por consentimiento unánime
y entre vítores alegres,

el grado de General
de las armas insurgentes
se le dió en el mismo campo
á la Virgen de Mercedes.

Desde entonces se le cubre
religiosa y puntualmente
el sueldo que como á tal
le reconocen las leyes;

y con piedad se celebra
su aniversario en septiembre
con grandes fiestas de iglesia
y una procesión solemne...

Así el pueblo americano,
que es valeroso y creyente,
las santas glorias del cielo
une á las glorias terrestres!

al campamento de Bravo
un propio: noticias trae
de la capital de Méjico,
que en verdad deben ser graves,

porque sólo al general
él mismo quiere confiarle
los paquetes que le envían
y las noticias que sabe.

Recibió Bravo al correo
con rostro atento y afable,
se sentó tranquilamente,
y en un brevísimo instante

pasó sus ardientes ojos
sobre las cartas, sin darse
casi el tiempo necesario
para romperles el lacre.

Devoraba, no leía...
Mas, súbito su semblante
trocó de color, quedando
pálido como un cadáver,

se puso de pie, los ojos
al cielo alzó centellantes,
y trémulo, acongojado,
lanzó un suspiro á los aires.

Sus amigos lo cercaron
sin acertar á explicarse
mudanza tan repentina,
dolor tan inexplicable.

Estaba como el que herido
por un rayo centellante
ni para hablar tiene fuerzas,
ni voces para quejarse;

como el triste marinero
que, asido á una tabla frágil,
no muestra tal vez flaqueza,
pero no muestra coraje...

Al fin de un rato bien largo,
en que negras tempestades
combatieron en su pecho
sus instintos naturales,

dijo á sus nobles amigos
así con trémula frase:
—«Hoy á mis pies para siempre
se abre un abismo insondable!...

«Los tiranos de mi patria
en un patíbulo infame,
porque yo soy su enemigo
han muerto á mi anciano padre!»

Y calló... Su hondo silencio
á interrumpir no osó nadie;
que harto comprendieron todos
la fuerza de sus pesares.

Pasados unos momentos,
sereno ya, pero grave,
con la voz digna y solemne
del que sabe dominarse,

—«Soldados, dijo, traedme
á todos los oficiales
que hemos hecho prisioneros
en los últimos combates.»—

Represalia atroz, tremenda,
funesto drama de sangre,
esperaron del guerrero
los que vieron su semblante;

algún designio terrible,
algo extraordinario y grande
se revelaba en sus ojos
altivos y fulminantes.

Llegaron los prisioneros
con escolta respetable,
que eran tal vez más de ciento
entre jefes y oficiales.

Los contempló de hito en hito
el Mejicano, y alzándose
sobre el nivel de los héroes,
usó el siguiente lenguaje:

—«Vuestros compañeros de armas
como á un bandido culpable,
en un patíbulo en Méjico
han dado muerte á mi padre:

«esa sangre derramada
con injusticia, esa sangre
que por mis venas circula
sin mengua que la degrade,

«clama á los cielos venganza,
castigo atroz, formidable;
pide represalia horrible
por una acción tan salvaje!

«Me vengaré!... Pero es otra
la venganza que un buen padre
desde los cielos me ordena...
soy cristiano... eso es bastante!...

«Libres quedáis desde ahora...
si vuestro crimen es grande,
mi virtud y vuestro crimen
quiero que sean iguales!»

Y libres los prisioneros
volvieron á sus hogares...
¿Pudo ser mala una causa
que inspiró virtudes tales?

# SACRIFICIO SIN EJEMPLO

«Entonces prende fuego á la pólvora, y vuela el parque con un terrible estruendo; los enemigos sufren un grande estrago, huyen los restos despavoridos de la columna, y Ricaurte republicano de su total destrucción.»
(RESTREPO.—*Historia de la revolución de la República de Colombia.*)

Con laurel de eterna gloria
Dios premie á las grandes almas
que se dan en holocausto
á una causa noble y santa!

Del harpa del trovador
vibren las cuerdas doradas
para rendir á los buenos
homenajes de alabanza!

El parque de San Mateo
situado en agreste falda
resiste el empuje apenas
de las armas castellanas.

Son unos pocos, que lidian
en lucha desesperada,
no ya por salvar sus vidas,
sino por venderlas caras.

Mientras ellos, uno á uno,
van cayendo en la jornada,
los enemigos reciben
refuerzos de hombres y armas.

Sangre se vierte á torrentes,
los cañones abren ancha
y triste senda á los genios
de la destrucción más bárbara.

La fatiga del combate,
al rayo de un sol que abrasa,
trueca la sed de los labios
en irresistible rabia;

y los ayes se confunden
con los gritos de venganza:
todo en salvaje armonía
con el trueno de las balas.

Punto para los patriotas
de muy intensa importancia
es el parque; de él depende
la suerte de la batalla

que á sus pies libra Bolívar
con las fuerzas colombianas,
contra el grueso del ejército
que el altivo Boves manda.

Es un depósito lleno
de municiones y de armas,
una trinchera que importa
la salvación de la patria;

por eso dió su defensa
el caudillo de Caracas
á Ricaurte, que en la historia
llena la más bella página.

Ricaurte aun cuenta los años
de una juventud bizarra;
pero su noble prudencia
parece que peina canas.

Aun no ha escalado al lugar
de los jefes de más alta
graduación, y ya los suyos
como al mejor lo señalan.

Tranquilo en la resistencia
como impetuoso en la carga,
es el primer paladín,
el Bayardo de la Patria!

Una pasión lo domina,
sólo una pasión, tan santa,
tan poderosa, tan fuerte,
que el guerrero le consagra,

con verdadero entusiasmo,
todo su sér, toda su alma:
y esta pasión generosa
es su bandera, es su causa!

La considera tan noble,
tan pura é inmaculada,
que cien y cien veces diera
su heroica vida en sus aras.

Tales eran los soldados
que en aquella edad luchaban
con abnegación sublime
por la causa americana!

Viendo inútil la defensa,
sus columnas destrozadas,
y segura la victoria
de las armas castellanas,

Ricaurte ordenó á sus filas
formar, dió la voz de marcha,
les hizo dejar el parque,
al son de las roncas cajas,

y él solo quedó, resuelto
á decidir sin más armas
que su indomable energía
la suerte de la batalla.

Apenas descubrió Boves
retirada tan extraña,
lanzó contra los reductos
su inmenso bosque de lanzas:

Arbitro y dueño á su antojo
del parque se imaginaba;
con él de toda Colombia:
ya el placer de la venganza

saboreaba con cariño,
ya revolvía en su alma
nuevos planes infernales
de traiciones y matanzas.

Bolívar ¡ay! entretanto
no comprendiendo la causa
de la fuga de los suyos,
atroz dolor devoraba,

Fija en el parque la vista
sin decir una palabra,
el pecho roto en pedazos,
lleno de mortales ansias.

—«¿Ricaurte, entre sí decía,
Ricaurte vuelve la espalda
y prefiere á honrada muerte
vida de perpetua infamia?

¡Oh! no es posible!... Tal vez
alguna ilusión me embarga...
víctima soy de un delirio
que me ciega y que me engaña!»—

Súbito se oyó un rüido
que retumbó en las montañas
más remotas, en los cielos
se vió una radiante llama

arder, y luego una nube
subir, horrorosa y cárdena,
en confuso remolino
á las esferas más altas.

Parecía un terremoto
que la tierra destrozaba,
diluvio inmenso de fuego
volcán de horribles entrañas!

Quedaron al punto atónitos
ambos bandos, honda calma
de estupor reinó un instante
en el campo de batalla;

entreabierto el labio seco
ante la emoción extraña,
erizados los cabellos,
convertidos en estatuas,

y llenos de inmenso espanto,
cuando estuvo despejada
la atmósfera, comprendieron
lo que en realidad pasaba.

Ricaurte en medio del fuerte
y sólo entre los de España
que eran más de mil, prendió
la mecha á la santa bárbara!

Voló con ellos!... No cuenta
la historia en todas sus páginas
martirio más abnegado,
ni honra más inmaculada!

# UN ABRAZO GLORIOSO

«Cuando los dos generales O'Higgins y Carrera estaban en la *Aguada* en el acto de decidir por medio de las armas la suerte de sus acaloradas competencias, repentinamente sonó una corneta y se le presentó en calidad de embajador don Antonio Pasquel mandado por el general Ossorio con un pliego cerrado, en que le hacía saber que el virrey de Lima no había querido ratificar el tratado de paz celebrado por el general Gainza y que el único medio que le quedaba á las autoridades insurgentes para alcanzar la real clemencia, era rendirse á discreción. Terminaba, por último, aquel oficio del general Ossorio protestándole que la espada estaba desenvainada y el ánimo resuelto, para no dejar piedra sobre piedra en caso de resistencia. Agitado entonces el espíritu de O'Higgins de sentimientos tan opuestos como los que se le presentaban en aquella ocasión, sacrificó en obsequio de la patria los particulares que tenía contra las pretensiones de su rival Carrera y volvió noblemente sus armas contra el enemigo común de ambos... Carrera que á la verdad era generoso y prudente, no se negó á la invitación de O'Higgins y habiéndose abrazado y comido juntos aquel día los dos generales, se vieron del mismo modo á la tarde pasear las calles de la ciudad».

Con las armas en las manos
y al mando de opuestas huestes,
en los llanos de Maipú
estaban dos nobles jefes;

ambos eran de la patria
generosos combatientes;
ambos ante Dios tenían
un compromiso solemne,

contraído con el mundo,
de hacer libre, independiente
el hermoso territorio
que al pie del Andes se extiende...

¡El hermoso territorio
donde hoy orgulloso crece
á la sombra del progreso
un pueblo próspero y fuerte!

Víctimas de atroz engaño,
al deber ambos rebeldes,
iban á verter la sangre
de la patria en lucha estéril:

sangre que en nobles combates,
corrió con gloria otras veces,
¡ay! no en fratricidas lides,
sí, del enemigo al frente!

Se oyó un clarín á lo lejos ..
¿qué testigo llegar puede
á presenciar una escena
que sólo á lástima mueve?

—¡Parlamentario español!
á Chile el virrey ofrece
proposiciones de paz
y olvido leal promete

de los pasados desvíos
á los que las armas dejen
y al cetro real de Castilla
su altivo cuello dobleguen;

al mando de un jefe ilustre
un ejército imponente
de cinco mil veteranos
para sostenerlas viene.

Son los tercios que triunfaron
doblando la altiva frente,
del gran capitán del siglo
semidiós de los franceses!

—«Guerra ó paz!»—dice el enviado:
—«si paz, el rey la concede
por piedad; si guerra, ¡ay tristes
de los que en ella se mezclen!»

Ante estas agrias palabras
de los chilenos se enciende
con rubor el torvo rostro:
vergüenza, cólera, fiebre

que no es posible apagar
cuando el corazón se siente
estallar roto en pedazos;
cuantos sentimientos fuertes

caber en un pecho honrado
en horas de angustias pueden,
como el fuego en los volcanes
en sus corazones hierven!

Cambian sus odios tenaces
y antiguos súbitamente
en ira contra sí mismos...
¿cómo, así á su patria venden

por satisfacer pasiones
que son mezquinas y aleves?
¿Cómo en pos de error maldito
corren á buscar la muerte?

¿Cómo las armas que Chile
en santas horas solemnes
confió á sus robustos brazos
volver contra Chile quieren?

Si así se ultraja á los cielos,
si así la conciencia duerme,
¡oh! á las voces del honor
que las almas se despierten!...

Un sólo clamor resuena
en el campo independiente,
clamor que el viento en las nubes
repite cien y cien veces.

—«¡Guerra al invasor!»—exclaman
con voz de trueno que hiere
del pecho las fibras hondas,
que hasta las piedras conmueve.

—«¡Guerra al invasor injusto
que al suelo chileno vuelve
á estrecharnos las cadenas
que rompimos para siempre!

«¡Lejos el odio insensato
que nos engaña y nos miente...
¡Lejos el torpe delirio
de luchas que son estériles!

«Si ciñen alguna vez
crespones negros de muerte
la estrella del tricolor
que luce resplandeciente,

«sean los tristes crespones
que coronen los cipreses
de la tumba de los libres
que murieron, si nos vencen!»—

Y así diciendo en sus brazos
se estrecharon los valientes;
que el perdón para el hermano
es el sol de los deberes!...

De O'Higgins y de Carrera
orladas están las sienes
desde aquel hermoso día
con bellísimos laureles!

# EL ARTILLERO DE LA PATRIA

«En el acto de asaltar el campo del Grillo se reconoció la necesidad y al mismo tiempo la imposibilidad de hacer uso de un cañón pequeño por falta de cureña. Ofrecióse á suplirla un soldado, poniéndose á gatas, pero fué tal el destrozo que con el empuje sufrió su espinazo, que murió al poco tiempo, cerciorándose antes y regocijándose de que hubiese surtido efecto el tiro.»

(*Historia de la Revolución de Méjico*, por don PABLO MENDIBIL.)

¡CUÁNTAS acciones ilustres,
dignas de perpetua fama,
entre el polvo del olvido
permanecen ignoradas!

¡Cuántos generosos hechos
de sacrificios y hazañas,
que debiera en letras de oro
guardar la historia en sus páginas,

quedan sin gloria ninguna
porque una pluma les falta,
ó porque á su actor mecieron
mimbres de cuna villana!

¿Villana?... Nó! La bandera
de la santa democracia
no adula más pergaminos
que á la igualdad soberana.

Es digno de menosprecio
el que su memoria infama
con hechos que lo avergüenzan,
con miserias que lo arrastran;

no el que durmió en cuna humilde
ni que usó tosca sandalia,
ni el que tiene por herencia
color moreno en su cara!

Valor, lealtad, patriotismo...
he aquí las virtudes santas
que son los mejores títulos
de la nobleza más alta!

Eso proclaman con honra
las leyes republicanas,
eso los dogmas divinos
que el Evangelio consagra.

He aquí una gloria del pueblo,
gloria pura, inmaculada,
que merece los honores
de la Musa americana.

No va vinculado á ella
nombre de ilustre prosapia;
es un obscuro soldado
el que mis versos ensalzan;

Es un modesto artillero,
cuyo nombre aun en su patria
se ignora; víctima ilustre,
mártir de una noble causa!

Uno de tantos valientes
que mueren en las batallas
y que el olvido sepulta
y que la gloria no canta!

Era aquella edad sublime,
rica de hermosas hazañas,
que hoy con orgullo recuerdan
los hijos de nuestra raza,

cuando en recia lid luchamos
para destrozar de España
las cadenas opresoras
con que nos esclavizara.

En uno de esos combates,
que diariamente trababan
europeos y patriotas
allá en la tierra de Anáhuac,

fueron rotos los de Méjico,
sus banderas destrozadas,
y tomadas sus trincheras
después de diez horas largas

de una lucha sostenida
palmo a palmo y á arma blanca,
en que torrentes de sangre
el valle entero regaban.

Rayón se veía perdido,
hizo tocar retirada
y entre unas rocas vecinas,
al pie de una alta montaña,

rehizo un punto sus tropas;
y con heroica constancia,
juró mil veces vencer
antes que volver la espalda.

Hubo un instante de tregua...
¡pues qué! ¿Y acaso acobardan
los españoles? ¿Acaso
tornan en miedo su audacia?

¿Les basta, acaso, el honor
de la victoria que alcanzan,
que al enemigo abandonan
y sus baluartes no atacan?

Nó, que rehacen sus filas,
cuentan las fuerzas que bastan
para triunfar, y arrogantes
se unen, se estrechan, se lanzan.

—«Cielos! exclama Rayón—
¡cielos! nuestra es la jornada,
si hay en mi campo una sola
cureña... una sola basta!»

«He aquí un cañón extraviado
que, juro á Dios, que nos salva...
mas ¡ay! para utilizarlo
una cureña nos falta!

«¡Vedlos! cómo unidos vienen
en pelotón, á la carga!
¡cómo es fácil destrozarlos
desde esta empinada falda!

«Una cureña, y el triunfo
aseguran nuestras armas!...
valientes hijos de Méjico,
dadla, y salvamos la patria!»

—«No hay ninguna en todo el valle»
gritan con trémula rabia
mil voces roncas que suben
al cielo del viento en alas.

—«¿Ninguna?»—«No hay una sola!»
responden desesperadas
las voces de los soldados
que les queman las gargantas.

Entretanto, el enemigo
á paso rápido avanza
á dar cima á una victoria
en buena lid conquistada.

—«Se ha encontrado una cureña»
de entre las filas compactas
gritó una voz poderosa...
—«¡Dádmela!»—Rayón exclama,

«¡presto aquí el de la cureña!»...
y un pobre soldado avanza
hasta el caudillo, y se cruzan
entre ambos estas palabras:

—«La cureña que os ofrezco
y que ha de salvar la patria,
soy yo mismo...
—Tú!
—La pieza
que yo serví en la batalla

fué destrozada á mis pies,
llevó á mi cabo una bala,
cayó también mi sargento,
murieron mis camaradas;

Soy fuerte; puedo un instante
sostener en mis espaldas
ese cañón, para el cual
la cureña os hace falta.

Prended, general, la mecha
y dad fuego!... si se alcanza
el éxito que esperáis;
si la suerte hasta hoy avara

se vuelve nuestra; si el triunfo
corona al fin nuestra causa,

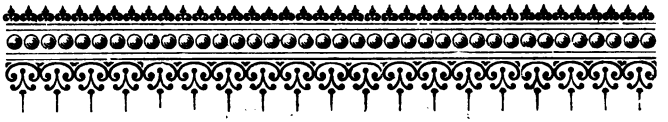
es alto honor de mi vida
sacrificarla en sus aras!»

Tronó el cañón! La victoria
tendió sus hermosas alas
sobre las libres banderas
de las filas mejicanas.

El general recibió
mil aplausos entusiastas,
y héroe ilustre lo aclamaron
las trompetas de la fama...

Mas, nadie conservó el nombre
¡Cómo la gloria es ingrata!
del mártir más generoso
de la causa americana...

Era hijo humilde del pueblo...
y el pueblo que es quien derrama
su sangre apenas si obtiene
alguna tumba ignorada!



# LOS DOS HÉROES

«Guayaquil fué, pues, la ciudad en que vinieron á conocerse y conferenciar aquellos dos hombres, los mayores capitanes de nuestro continente, que habían recorrido con sus ejércitos el uno de NE. á S., y el otro de SE. á N., dos grandes semicírculos que abrazan casi toda la América meridional, pisoteando y trajinando los Andes como trajinamos los hombres comunes las plazas de mercados.»

(CEVALLOS.—*Historia del Ecuador.*)

## I

DONDE el Guayas transparente
sepulta en el mar sus ondas
entre bosques colosales
que á las turbias nubes tocan,

bajo el rayo abrasador
de las tropicales zonas
y en una naturaleza
exuberante y grandiosa,

la ciudad de Guayaquil,
perla escondida en la costa
del golfo más pintoresco
que el mar Pacífico forma,

se levanta como el sueño
de una imagen seductora,
bajo el encanto sublime
de vegetación tan pródiga:

la acarician los rumores
de sus selvas prodigiosas,
el comercio le da vida,
el progreso la corona;

y en su rada se columpian
cien naves en cuyas popas
se despliegan las banderas
de las tierras más remotas.

Allí dos genios sublimes
que ocupan en nuestra historia
los puestos más culminantes
por sus empresas heroicas,

un día se dieron cita
para discutir la honra,
el mapa y el porvenir
de la América española.

¡Curiosa entrevista aquella!...
en una modesta alcoba
dos caudillos poderosos
discutiendo tales cosas!

¡Destino aquel de una raza!...
tal vez pendiente de una hora
de acalorada disputa
su grandeza ó su deshonra!

Si convenía á diez pueblos
coronados de victorias
la forma republicana,
rotos los lazos de Europa:

si habían los vencedores
de dar á un rey la corona
que arrancaran á otro rey
que era de los suyos mofa,

ó habían de alzar un templo
á la democracia hermosa
rico el corazón de aliento
desde el Plata hasta Colombia!

Tales fueron los problemas
cuya extraordinaria incógnita
se despejó en el misterio
de esta entrevista curiosa!

II

El uno era de estatura
pequeña, de breves formas,
de imaginación chispeante,
de voluntad poderosa:

sus ojos negros y vivos
de sus impresiones prontas
revelaban los secretos
que nunca ocultó en las sombras;

tenía la frente abierta,
barba escasa, hermosa boca,
nariz aguileña y fina,
arqueadas cejas redondas;

ancho y generoso el pecho,
la actitud noble y airosa,
y la palabra entusiasta
del que arrebata y razona.

Por eso lo que sus armas
no obtuvieron en no pocas
ocasiones, lo alcanzó
su elocuencia seductora.

De ingenio más que de ciencia
de pasiones impetuosas,
de increíble temeridad
para dar cabo á sus obras,

más que en sus cálculos, fiaba
en su estrella y en su heroica
decisión en los ataques,
resistencia en las derrotas...

Era el águila que tiende
su vuelo á las altas bóvedas,
sin pensar en las borrascas
que pueden hacerle sombra.

Nunca en su pecho halló entrada
la envidia mezquina y torva,
ni el odio ruin vertió en él
las hieles de su ponzoña!

Amigo de sus amigos,
su mano sincera y pródiga
á todos estaba abierta;
gozaba con las victorias

de sus bravos subalternos,
y en sus varoniles notas
siempre tenía un aplauso
que tributarles con honra.

Su desinterés sublime
no halagó ambiciones locas:
la única ambición de su alma
fué la ambición de la gloria.

A ella, á su cara patria
rindió su fortuna toda,
su ardor, su esfuerzo, su sangre
y en fin, su tumba y su historia!

El otro de una prudencia
enérgica y silenciosa
dotado, siempre fué el mismo,
hasta en sus mismas derrotas.

Si no arrebataba nunca
con su entusiasmo á sus tropas,
inspiraba esa confianza
que asegura la victoria.

Jamás ni frases ligeras,
ni palabras tumultuosas
traicionaron un instante
sus cavilaciones hondas.

[illegible]ado:
[illegible] obra
[illegible] planes
[illegible] en las sombras

[illegible] oscuro gabinete
[illegible] rialdad estoica,
[illegible] aventuraba promesas,
[illegible] e movían lisonjas.

No buscaba los aplausos
de la turba, ni la pompa
con que el pueblo á sus caudillos
enaltece en falsas horas.

Imponía con talento
su voluntad imperiosa,
sin lastimar de los otros
las opiniones erróneas:

tenía aspecto agradable,
facciones un tanto toscas,
alta y gallarda estatura,
andar tranquilo y voz ronca,

razón fría que calcula
risa un tanto desdeñosa,
y severidad austera
digna de la antigua Roma!...

III

Era el uno el gran Bolívar,
el semidiós de Colombia;
el otro era San Martín
del Plata la mejor joya!

Al uno su libertad
le debe la inmensa zona
donde los trópicos reinan,
donde el sol quema y devora.

Al otro todos los pueblos
que arrulla con blandas olas
el mar Pacífico, en donde
brilla el sol en dulces costas.

Á ambos los americanos
la frente inclinada doblan...
sus brazos nos dieron vida
y sus nombres nos dan honra!

Ambos ¡ay! murieron víctimas
de odios, de intrigas traidoras:
Bolívar en Santa Marta
y San Martín en Europa.

¡Escrito está! La desgracia
es del genio la corona,
y la ingratitud del mundo
es pedestal de la gloria!

# «EL LIBERTADOR ESTÁ LOCO»

«Tales ideas que constituían el fondo de la misión augusta de que se sentía investido Bolívar, parecieron entonces delirios de una imaginación enferma y tan extravagante, que el capitán Martel, que las oía, fué á decir á otro de los compañeros: «ahora, « sí que estamos perdidos, el Liber- « tador está loco!»
(*Historia de Bolívar.*—LARRAZÁBAL.)

I

EL Orinoco atraviesa
dilatados territorios
y con sus múltiples brazos
ciñe á un vasto pueblo heroico.

Bosques de eterno misterio
dan sombra á sus cauces hondos
y al ojo del hombre ocultan
su obscuro origen remoto.

Allí la naturaleza
tiene un poder prodigioso,
exceso, fiebre de vida,
que de veras causa asombro.

Brotan de las rocas mismas
los ramajes poderosos;
y á las fieras más salvajes
dan cuna sus senos lóbregos.

Allí las largas serpientes,
los reptiles venenosos,
las aves, cuyos plumajes
son más brillantes que el oro,

cuanto la imaginación
sueña de dulce y de torvo,
todo allí crece al calor
de un aire de hirviente plomo...

Exuberante riqueza
en cuyo desorden loco
brotan la muerte y la vida
acaso de un mismo tronco!

¡Cuánta sangre derramada
en tiempos no muy remotos
en esas playas tan tristes
y en esos bosques tan hondos!

Sangre fué de Venezuela
que sin tregua ni reposo,
combatió tres largos lustros
con desesperado arrojo,

para romper las cadenas
de esclavitud y de oprobio
que sobre su hermosa frente
cargaran dueños odiosos.

Terrible fué allí la lucha
y terrible más que en otro
pueblo alguno de la América,
con su abominable coro

de represalias tremendas,
y cadalsos horrorosos,
encendidos por la ira,
inspirados por los odios.

Mas, ¡cuántas páginas bellas
también! ¡cuántos episodios
de nombres esclarecidos
y nobles hechos heroicos!

II

Destrozado el gran Bolívar
después de un día sangriento,
en una rebalsa oculto
y con el agua hasta el cuello,

del Orinoco á la orilla
que cierran bosques espesos,
pasó una noche perdido
sin otro amparo que el cielo..

Lo acompañaban Soublette
y Arizmendi, ambos guerreros,
de ínclito nombre, y un joven
de reconocido esfuerzo!

Era el bizarro Martel,
cuyo arrojo y cuyo ingenio
de ayudante del caudillo
el noble puesto le dieron.

La situación de los prófugos
era apurada en extremo
porque de un momento á otro
podían ser descubiertos.

Desde su obscuro refugio
alcanzaban á lo lejos
á oir de sus enemigos
los rudos y roncos ecos;

percibían claramente
el rüido de los aceros
y el armónico galope
de los alazanes recios:

tal vez torpes maldiciones,
palabras de mal agüero
y juramentos de muerte
nacidos del mismo infierno!

Con tenacidad buscaban
el río de seno en seno,
de tronco en tronco la selva
y el monte de hueco en hueco.

Estaba el héroe tranquilo:
en sus vivos ojos negros
no se dibujó una sombra
ni se percibió un recelo;

ni siquiera esa inquietud,
ese extraño sentimiento
que entre temor y esperanza
no es valor, aunque no es miedo.

Pasó su velada ingrata
hablando á sus compañeros
con esa rara elocuencia
que era don de su alto genio,

sobre sus planes futuros
para asegurar el éxito
de la libertad de América,
del porvenir de su pueblo;

pintó con vivos colores
la magnitud del proyecto,
sus hermosas esperanzas,
sus magníficos ensueños;

se distrajo horas enteras,
temerario, discurriendo
sobre la espléndida gloria
reservada á sus guerreros,

cuando hubieran transmontado
los duros picos soberbios
de la Andina cordillera
donde reina el hielo eterno,

y descendido á los valles
y libertado á otros pueblos
y obtenido la victoria
en cien gloriosos encuentros.

Pasaba entonces revista,
como un panorama bello,
á las comarcas que eran
teatro de sus proyectos,

á Bogotá esclavizada,
á Quito por duros hierros
oprimido, á Lima, en donde
el enemigo su imperio

más poderoso sentaba
defendido por ejércitos
veteranos y aguerridos
y por caudillos de esfuerzo.

—«Allí, exclamaba entusiasta
el héroe, cosecharemos
los laureles más hermosos
del triunfo más estupendo.

«Allí daremos el último
golpe al poder extranjero;
y allí el bravo león de España
rendirá el postrer aliento!

«Será ese el día de triunfo
universal y el más bello
de todos cuantos irradian
en nuestros fastos guerreros!»—

Con tal entusiasmo hablaba
de los futuros sucesos,
con tal confianza en la estrella
de sus fanáticos sueños,

que su bizarro ayudante,
que lo escuchaba en silencio,
cuando pudieron salvarse
del peligro, huyó corriendo

al campo de los patriotas
dejando á los otros lejos,
á decir á grandes voces
á sus amigos, inquietos

por la suerte del caudillo:
—«no hay salvación, compañeros,
completamente perdidos
estamos ¡ay! sin remedio...

—Pues ¿cómo?
—El Libertador
está loco...
—¿Loco?
—«Cierto!
Sufre un fiero desvarío:
sus confusos pensamientos

«se han extraviado, de modo
que nosotros no podremos
contar más en adelante
con su brazo y con su genio.

«Total enajenación,
locura de un raro género
se ha apoderado del triste...
¡Para su mal no hay remedio!...»

Con lágrimas en los ojos
hablaba Martel: lo oyeron
con espanto sus amigos,
y con lágrimas de fuego

igualmente acongojados
la noticia recibieron.
¡Era tan grande la pérdida,
el suceso tan funesto!

## III

A poco más llegó el héroe:
nadie salió á recibirlo,
ni á estrecharlo entre sus brazos
ninguno de sus amigos.

Reinaba en el campamento
silencio yerto y sombrío,
que hizo estremecer el alma
del generoso caudillo.

Sufrió una angustia profunda,
casi se sintió abatido
cuando encontró entre los suyos
tanto despego y desvío.

—«Dios poderoso! ¿qué es esto?
¿Qué mudanza es esta? dijo—
¿Por qué bajáis á la tierra
los ojos, amigos míos?

«¿He cometido algún crimen?
¿Me acusáis de algún delito?
Pero, decidme, siquiera,
decidme en qué os he ofendido.

«¿Calláis... por Dios! Aunque sean
para mandarme al suplicio,
arrancad de vuestros labios
las frases de mi castigo!...»—

Entre todos los soldados
nadie osaba interrumpir;
pues todos permanecían
turbados y pensativos.

De aquel extraño misterio
cada vez más el abismo
se iba abriendo ante los ojos
del desgraciado caudillo.

También la escena terrible
en aquel instante crítico
sobrado se prolongaba...
Por fortuna el cielo quiso

después de algunos minutos
de aquel espanto infinito
explicar el raro enigma
y descifrar el prodigio...

Es fama que rió Bolívar
del chasco; es fama que dijo
estrechando entre sus brazos
á sus valientes amigos:

—«Os juro por mi conciencia
que mis locos desvaríos
serán altar de la gloria
de vuestros nombres invictos:

«Os juro que si soy loco
para proyectar designios
seré cien veces más loco
para llegar á cumplirlos!

«Con vuestros sables de acero
en roja sangre teñidos,
en las crestas de los Andes
veréis mi poema escrito!...

«Sueños, locuras!... También
llamó loco el mundo frío
á Colón que hoy reverencian
postrados pueblos y siglos!»—

¿Cumplió su programa el genio?
Campos de Junín invictos,
llanuras de Boyacá,
feraces valles de Quito,

montañas del Potosí,
riberas del mar Pacífico,
responded alto vosotros,
pues que de ello sois testigos!

# HISTORIAS DE ANTAÑO

(ANALES DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSÍ POR DON BARTOLOMÉ NÚÑEZ Y VELA)

## I

Los celos son negras víboras
que en el pecho que los siente
nacen para obrar el mal,
se anidan para dar muerte.

¡Ay de quien, víctima de ellos
en su corazón revuelve
sueños de venganza horrible,
y planes de sangre aleves!

Más le valiera al cuitado,
más le valiera mil veces,
no haber nacido á la vida
bajo estrella tan rebelde.

¡Qué amargas noches de insomnio!
¡Qué venenosas las heces
del cáliz de ese infortunio!
¡Ay del triste que las bebe!

Potosí guarda en los fastos
de sus tradiciones célebres
la historia de un desgraciado
objeto de airada suerte.

II

Don Gervasio de la Rea,
noble, opulento minero,
llevó al altar á Isabel
nieta de ilustres abuelos.

Para celebrar con pompa
tan fausto acontecimiento,
corrió en abundancia el oro
por el riquísimo pueblo.

Las campanas de las torres
se echaron todas á vuelo,
la turba aplaudió á los novios
con clamores lisonjeros.

Un escogido concurso
llenó las naves del templo,
y de la fiesta magnífica
quedó el vulgo satisfecho.

Todo fué augurio de dicha:
parecía que el Eterno
bendecía desde lo alto
tan venturoso himeneo.

Todo fué augurio de dicha...
pero ¡ay! corriendo los tiempos
empezó el sol á eclipsarse
y á obscurecerse los cielos.

Rea sintió despertarse
dentro de su injusto pecho
la alevosa desconfianza
y el temerario recelo.

Siguió de Isabel los pasos,
dió oro á espías secretos,
y para sus torpes fines
se valió de infames medios.

Fueron en él día á día
creciendo los torvos celos
y con ellos agitándose
en su alma malos proyectos.

Diz que en las horas nocturnas
oía junto á su lecho
voces extrañas y roncas
que le hablaban en secreto,

punto por punto contándole
las citas, los juramentos
de su consorte perjura
presa entre brazos ajenos.

Sentía después en torno
rumor de traidores besos,
risas de labios mordaces,
frases de insulto y desprecio.

Diz que el infeliz pasaba
noches amargas de infierno,
desesperado, afligido
por mil extraños tormentos;

Días de dolor horrible,
tardes de tremendo tedio
y horas, en fin, del martirio
más poderoso é intenso!

Una tarde... el sol moría
tras los empinados cerros,
entre obscuros nubarrones
empujados por el viento;

la tempestad asomaba,
como un gigante de fuego
que con sus brazos quisiera
destrozar el universo.

Todo era horror! Entró Rea
de pronto en el aposento
de su esposa, miró en torno
con ojo trémulo, inquieto,

y vió á Isabel ¡cielo santo!
(Creyó así verla, á lo menos!)
entre los brazos de un hombre
de extraño y terrible aspecto.

Corrió el desgraciado á ella
atolondrado, frenético,
y hasta la cruz de su daga
le escondió en el albo seno.

Mas, en ese instante mismo
despertó como de un sueño
y no encontró á ningún hombre
junto á sí... Tan solo el cuerpo

de Isabel bañado en sangre,
á sus pies pálido y yerto!
Tarde comprendió su error ..
envainó tarde el acero!

En el lugar que el amante
ocupaba vió un espeso
humo, que en negra espiral
subía hasta el alto techo;

y en medio de él á un demonio
de ojos horribles de fuego,
que hizo en brutal carcajada
eco á sus tristes lamentos!

III

Los celos son negras víboras
que en el pecho que los siente
nacen para obrar el mal,
se anidan para dar muerte!

# EL DESAFÍO DE DOS VALIENTES

«En este momento los asaltadores abordaron la *Esmeralda* por todas partes; y Cochrane y Guise, cuya rivalidad empeñaba su honor en aquel lance, se dieron la mano en el alcázar de popa.»
(García Reyes.— *Memoria sobre la primera escuadra nacional.)*

—«Capitán Guise, mirad
que provocándome á un duelo
cometéis doble delito,
porque sois mi subalterno.

«Si creéis que os he ofendido
y haya de satisfaceros;
si el valor de que hacéis gala
con vuestros labios es cierto;

«si queréis poner á prueba
las fibras de vuestro pecho,
yo á vuestro reto respondo,
vuestro desafío acepto;

«y pues soy el ofendido,
pensad que tengo el derecho
de elegir armas y plaza.
Las elijo desde luego!

«En vez de un campo mezquino
de odio vil y orgullo necio,
que mi conciencia rechaza
como un delito perverso,

«para batirme con vos
busco campo más abierto,
y os cito á un lugar en donde
satisfaceros prometo.

«¿Veis allá aquella fragata
que se mece al blando viento
y levanta en su alta popa
de España el pendón soberbio?

«Sobre su puente os emplazo...
ved si llegáis el primero:
si lo conseguís os juro
que me hallaréis en mi puesto!»

—«¿El día...?«¡—Esta noche misma!
Testigos de nuestro duelo
serán dos pueblos que luchan
á la faz del universo!»

Así Cochrane orgulloso,
vicealmirante chileno,
respondió al capitán Guise
sin arrogancia ni miedo,

en la rada del Callao,
donde entre bocas de fuego
la *Esmeralda* desplegaba
sus airosos masteleros.

Afilaban, entretanto,
nuestros bravos marineros
las hachas del abordaje
decididos y resueltos.

Llegó la noche. Callaba
sobre sus alas el viento,
y el mar, la playa y los buques
y los castillos y el puerto,

todo dormir parecía
en los brazos del misterio,
que era tan honda la calma
y era tan grande el silencio.

Suavemente y sin rüido,
á dura fuerza de remo,
en embarcaciones rápidas
nuestros bizarros guerreros,

se lanzaron al asalto
de la fragata, en dos cuerpos
divididos: bajo el mando
de Cochrane iba el primero;

seguía á Guise el segundo...
Guise, el atrevido émulo
del héroe, que se empeñaba
por llegar á obscurecerlo.

Rodeaba al buque español
múltiple lazo de hierro,
de cadenas y de lanchas
con gruesas bocas de acero:

era preciso salvarlas
presto y sin ruido: un momento
perdido traía la ruina
de todo el plan; pecho á pecho

era preciso destruir,
puñal en mano, ese cerco
para asegurar el golpe,
ya sobrado aventurero.

Súbito resonó un grito
en la popa, otro en el centro
de la fragata, en el puente,
á babor, á estribor... ciento!

Ciento y más... ¡Gloria y victoria!
«Aquí, valientes chilenos!»
«Aquí los de España!»—«A mí
mis bizarros marineros!»

Confusión, desorden, ayes,
amenazas, juramentos,
voces de ataque y defensa...
todo en horroroso estruendo

retumbó, como en las nubes
lejano, espantoso trueno,
como un volcán que revienta
en los Andes gigantescos.

Ríos de sangre regaban
el puente, los masteleros
crujían al recio empuje
del rudo sacudimiento.

nadie daba golpe en falso,
y á puñal, y cuerpo á cuerpo,
se sostenía el combate
desesperado, tremendo.

Fúnebre escena era aquella,
de dolor y horrible aspecto;
penoso cuadro de muerte
de inmenso luto cubierto!

Entre tanta confusión
se oyó una voz, cuyo acento
revelaba extraño idioma,
que sobre el puente y en medio

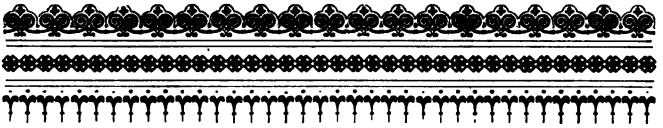
de la matanza llamaba
al almirante chileno...
—«¿Dónde estás, Cochrane, decía,
¿dónde estás que no te encuentro?»

No bien dijo, cuando todos
los combatientes oyeron
al héroe que respondía,
su mano á otro hombre tendiendo:

—«Capitán Guise ¡héme aquí!...
desde hoy más, si somos émulos
en hazañas, en virtudes
émulos también seremos!»

¡Gloria á los bravos que saben
morir con honra en su puesto!
¡Victoria á los que valientes
dan la libertad á un pueblo!

Para Chile es la *Esmeralda*
nombre de hermosos recuerdos...
¡Harto dulces y sagrados
de ella yo también los tengo!



# UN TRONO EN AMÉRICA

«Aprendan, pues, aprendan del caso de Itúrbide los grandes ambiciosos de todos tiempos, y en vez de prestar oído á las lisonjas que los deslumbran, repítanse con voz lúgubre aquellas palabras de la Iglesia: *Memento homo!*»

(NAVARRO Y RODRIGO.— *Historia de Itúrbide.*)

## I

ESTREPITOSOS aplausos
de una muchedumbre inmensa
y ecos de veinte mil voces
ruidosas y turbulentas,

pueblan las calles de Méjico,
y del Congreso á las puertas
retumban como los truenos
de una tempestad tremenda!...

Son los entusiastas vítores
del pueblo que se atropella
para aplaudir á un caudillo
á quien admira y celebra.

Entre una inmensa poblada
que todas las calles llena,
marcha el triunfador en brazos
de la turba lisonjera;

y va con la frente erguida,
descubierta la cabeza,
dibujando en su semblante
vaga sonrisa ligera;

como quien mira cumplidas
las ilusiones más bellas
que acarició largos años
en meditación inquieta!

Los entorchados de oro
de su casaca revelan
el grado de general
en el dueño de la fiesta.

Lo es, en realidad, y obtuvo
su grado en rudas peleas,
para afianzar de la patria
la sagrada independencia.

Es el ídolo del pueblo
que ardiente lo victorea
siempre que á las calles sale
siempre que á las plazas llega.

Él, entretanto, con maña
y con fingida modestia,
agradece esos favores
y esquivarlos aparenta.

Su bizarro y noble porte,
sus agraciadas maneras
que están al mismo nivel
de su valor en la guerra;

sus afectos populares,
sus promesas halagüeñas
de cicatrizar las llagas
que á la nación atormentan;

sus pródigos beneficios
que hasta al más humilde llegan,
sus virtudes varoniles
y su rectitud severa;

contribuyen á aumentar
su prestigio con tal fuerza
que es un fanatismo loco
el que en el pueblo despierta.

Dicen que un complot urdido
con maña y arte y que cuenta
á los jefes más ilustres
del ejército y la iglesia,

á los hombres más notables
que de la antigua nobleza
aun permanecen en Méjico,
y en fin á esa turba inmensa

que bulle en los arrabales,
y que una mano maestra
dirige oculta en las sombras
con habilidad extrema,

ha minado los cimientos
que al edificio sustentan
de la República; añaden
que la ocasión sólo espera

para estallar con vigor
y proclamar con franqueza
los monárquicos principios
que levanta su bandera;

aún hay quienes aseguran
que de la imperial diadema
el falso brillo deslumbra
á su arrogante cabeza!

En la capital los ánimos
están suspensos y esperan
de un momento á otro el rayo
cuyo origen se sospecha.

Acusan al general,
que la turba victorea
de ser la mano escondida
que prepara la tormenta.

Los que miran más tranquilos
á la distancia la escena
que se va desarrollando
tiemblan por el nuevo César.

—«¡Ay! de quien, dicen, halaga
con oro y locas promesas
á las turbas populares
siempre de inconstancia llenas!

«A los que ayer adoraron
hoy despedazan y befan,
y al falso ídolo de un día
al día siguiente queman!»—

Así dicen los prudentes;
pero la ambición es ciega
y no ve el terrible abismo
que á sus pies se abre en la tierra!

Al llegar la inmensa masa
bulliciosa y turbulenta
á las puertas del Congreso
que están á su paso abiertas,

aumenta sus roncos vítores
y sus clamores aumenta;
y en los anchos corredores,
y en las largas escaleras,

y en las espléndidas salas
y en las tribunas resuena
un solo grito que lanzan
veinte mil voces frenéticas.

Un ¡viva Itúrbide! altivo,
vibrante, sube á la esfera...
¡viva Itúrbide! que el viento
rápido en sus alas lleva

hasta los últimos límites
de la ciudad opulenta
que hace coro con sus himnos
á los ecos que le llegan.

De pie, los brazos cruzados
sobre el pecho, la melena
desparramada en desorden,
alta la frente y soberbia,

Estaba el héroe, entretanto,
junto á las doradas rejas
del dosel, á cuya sombra
el presidente se sienta.

Extendió el brazo, y al punto
calló la turba, serena,
calmada, como al contacto
de una inspiración magnética.

Y habló el caudillo: su frase
robusta, armoniosa y bella,
recordó al pueblo de Méjico
su misión noble y austera;

recorrió las grandes páginas
de sus hazañas guerreras,
enalteció los deberes
que la libertad enseña:

entre palabras dulcísimas
de gratitud y modestia
formuló grandes proyectos
y magníficas promesas.

Su obra de astucia y de maña
coronaba la elocuencia...
¡Itúrbide se ceñía
con los laureles de César!

Nuevamente resonaron
aclamaciones diversas...
—«¡Honor á Itúrbide ilustre!
¡Gloria al adalid de América!»—

De súbito en las tribunas
se oyó una voz de más fuerza
que dominó á las demás
y clamó de esta manera:

—«Honor á Agustín primero,
dese honor y gloria eterna
al emperador de Méjico
que hoy ciñe la áurea diadema

«que ciñó en siglos pasados
la raza de los Aztecas,
realzada y ennoblecida
por cien hazañas guerreras!»—

¡Viva! respondió la turba
entusiasmada y frenética,
¡viva el ilustre caudillo
que es el adalid de América!

«¡Viva el noble emperador
que hoy ciñe la áurea diadema
que ciñó en siglos pasados
la raza de los Aztecas!»—

## II

Es la catedral de Méjico
famosa como ninguna
de cuantas se alzan al cielo
en todas nuestras repúblicas.

Sus magníficos altares
sus torres y sus columnas
coronan el tipo artístico
de su bella arquitectura.

Es fama que sus riquezas
valían inmensas sumas
en otros tiempos: más tarde
llegaron manos impuras

al santuario venerando
donde el santo pan se oculta,
y la hostia quedó ultrajada,
y el ara quedó desnuda!...

Nunca de la catedral
bajo las arqueadas cúpulas
hubo fiesta más espléndida,
nunca más inmensa turba

invadió sus anchas naves,
su pórtico y sus tribunas,
como aquel día famoso
fatal para la república,

en que Itúrbide á su frente
ciñó la corona fúlgida
y echó sobre sus espaldas
el regio manto de púrpura.

Era uno de aquellos días
tropicales, en que alumbra
un sol ardiente y sereno
sobre una atmósfera pura;

en que la naturaleza
tan prodigiosa y fecunda
ostenta todas las galas
de su brillante hermosura,

cuando efluvios de armonía
en el espacio circulan
y en las flores entreabiertas
los céfiros se perfuman;

cuando las aves rendidas
al calor abrigo buscan
de los bellos platanares
en la dulce sombra obscura.

Al emperador seguía
gran muchedumbre confusa,
pueblo, soldados, caudillos,
personajes de alta alcurnia,

prelados, sabios ilustres,
gentes de espada y de pluma,
que homenaje le rendían
con veneración profunda.

Lo aclamaban heredero
del trono de Moctezuma,
regenerador de América,
genio de la edad futura.

—«¡Gloria al monarca de Méjico!»
Gritaba la inmensa turba—
—«Gloria!, sonaba en los aires,
al hijo de la fortuna!»—

De manos de alto prelado
recibió el héroe la fúlgida
corona imperial, ciñéndose
con ella la frente augusta,

sobre la cruz de su espada
juró mantenerla pura,
convertido en semidiós
de esa muchedumbre ilusa...

Ilusa, porque soñaba
que en el brillo de la púrpura
estriba de las naciones
la grandeza y la ventura...

Ilusa, porque ignoraba
en su breve vida pública
que el pueblo no debe fiarse
de los hombres que lo adulan!

El sol ya había llegado
del cielo azul á la altura,
cuando del santo *Te Deum*
se oyeron las notas últimas.

Era en aquellos momentos
imponente la figura

del caudillo mejicano:
su mirada audaz y astuta

reflejaba una insolencia
temeraria más que nunca,
y algo había de grandioso
sobre su frente sañuda.

La natural elegancia
de su gallarda apostura,
su traje bordado de oro
á precio de ingentes sumas,

y su ancho manto de armiño
ceñido en lazos de púrpura
daban al cuadro el carácter
de las pinceladas últimas.

La inspiración de los siglos
en aquel instante, muda,
paraba á sus pies sumisa
la rueda de la fortuna.

## III

En el mar ronco y voluble
de la vida, suspendido
entre el placer y el dolor,
entre el cielo y el abismo,

¡cuántas veces nos perturban
insensatos extravíos
y encontramos la desdicha
donde el placer supusimos!

La ambición de ir á las nubes
¡cuánto perturba el buen juicio,
y qué de miles de veces
repite el cuento de Icaro!

Llega un hombre hasta la cumbre
del poder que desde niño
soñó con febril locura...
es prócer de alto prestigio.

Ve en leyes que acatan todos
convertidos sus caprichos,
y con respeto su nombre
por do quiera repetido,

Pero, no está satisfecho,
siente al redor un vacío,
halla estrecho su palacio
y su mundo encuentra chico!...

Tal vez va á cerrarle el paso
un traidor que lo ha vendido,
tal vez lo vence con armas
desleales mal enemigo...

Día que empieza con risa
de reflejos cristalinos
suele terminar con lágrimas
precursoras del martirio;

cubren alfombras de flores
á veces al precipicio;
mar con playas deliciosas
en su seno esconde riscos!...

César subió al Capitolio
entre los ardientes gritos
de todo un pueblo entusiasta,
de todo un mundo vencido;

en el solio del poder
y en medio de sus amigos,
hiriólo á la luz del día
el puñal del asesino!

Sacude una ley terrible
á la rueda del destino,
que continuamente vuelve
y es inconstante en su giro!

¡No son más firmes los pueblos!...
no resuenan ya los himnos
lisonjeros que en la víspera
levantaban al caudillo;

se eclipsó el sol de la gloria
que en el trono esclarecido
de los antiguos Aztecas
dió á sus tradiciones brillo.

Resuenan, por el contrario,
clamores enfurecidos
que dicen —«¡muera el tirano!
¡Guerra eterna al despotismo!»—

Repitiendo por doquiera,
repitiendo en roncos gritos:
—«¡No más cadenas de oprobio!
¡Basta de cetros indignos!»—

Y ¡guerra! en Méjico entero
retumba en sordo alarido,
y las provincias se arman
y el clarín llama al peligro.

La chusma que siempre tiene
feroces, torvos instintos.
y que se embriaga en el odio
como se embriaga en el vicio,

abre tremendo proceso
al desgraciado caudillo,
y á él concurren como fieras
estadistas y políticos.

Sus más viles detractores
son sus mejores amigos...
¡que es ley de la humanidad
herir al que está vencido!

¡Dicen que eso fué justicia!...
—El emperador altivo
rindió su postrer aliento
en un infame patíbulo!—

Pero, á la historia pregunta
la majestad de los siglos—
¿Del esclavo ó del tirano,
cúyo es el mayor delito?

# UN GODO QUE VALGA MI CABALLO

(Argumento tomado del articulo de Jotabeche intitulado *Francisco Montero.*)

## I

SITIADO por Benavides
está Freire en Talcahuano,
sin esperanzas de auxilio,
pobre y en número escaso.

Ni una vela al puerto asoma!...
los enemigos, en cambio,
el sitio estrechan, aumentan
en hombres y armas sus cuadros;

con más furor acometen
y repiten sus asaltos
día á día al muro, lleno
de brechas y hecho pedazos.

¿Qué plan maduran? ¿Qué golpe
intentan? ¿Piensan acaso
tomar á la bayoneta
las calles de Talcahuano?

¿Piensan en círculo estrecho
apretar á sus contrarios
hasta hacerlos morir de hambre
ó rendirlos al cansancio?

¿En qué situación se encuentran?
¿Cuántos son? Empeño vano
quererlo saber... No hay cómo!...
Tienen triste y cabizbajo

á Freire estos pensamientos:
su ánimo asaz contrariado
no acierta qué plan seguir:
si salir súbito al campo

á vencer ó morir pronto,
ó continuar encerrado
dentro del estrecho muro
siempre esperando... esperando!...

Dura condición, por cierto,
para ánimos esforzados
habituados en las lides
con el sable á abrirse paso!

Los soldados en la frente
de su capitán bizarro
leen las cavilaciones
que lo tienen preocupado,

y con sus ojos le dicen
pues no pueden con sus labios:
—«General Freire, á la carga!
Resuene el clarín, y al campo!»—

—«Bien! Á la carga!... Pero, antes
para evitar un fracaso
y no ajar nuestra bandera
que irradia su luz tan alto,

«preciso es tener alguna
noticia de los contrarios,
saber sus planes, su número...
siquiera, en fin, saber algo...

«Por un prisionero sólo
diera mi mejor caballo!...
diera mi tordillo negro
que es más ligero que el rayo!»—

Gritó una voz á su espalda:
—«General, acepto el cambio...
bien vale el tordillo un godo;
y lo que importa es ganarlo!

—«Es vuestro, cabo Montero,
si lo lográis.» —«Voto al diablo

que antes de correr dos días
sobre mi grupa os lo traigo!»

Montero era en nuestras filas
el jinete más bizarro,
famoso en aquellas lides
por su arrojo temerario.

Recio de miembros, fornido,
de pecho asaz levantado,
como las águilas libre,
ágil como los leopardos.

De ánimo indomable y recto,
ganó su puesto de cabo
con la punta de su lanza
en las llanuras de Maipo!

De los bravos cazadores
es, sin duda, el primer brazo:
le tiemblan sus enemigos,
lo idolatran sus hermanos!

¡Infeliz del que atrevido
sale á disputarle el paso
cuando él corre á rienda suelta
las vegas de Talcahuano!

¡Infeliz del que se encuentra
con él en medio del campo,
cuando el fragor del combate
estremece los espacios!

Buenos son sus camaradas,
buenos, y no hay que probarlo;
pero, mejor que Montero
no hay del general abajo!

II

En la mañana siguiente,
que era azul, fresca y tranquila,
el noble cabo Montero
de las trincheras salía.

Dos pistolas al arzón
llevaba, al cinto ceñida
la larga y valiente espada
bien afilada y bien limpia.

Montaba un castaño obscuro
cuyas crines esparcidas
sobre el cuello por el viento
medio cuerpo le cubrían.

No iba armado el caballero
con casco de plumas ricas,
ni con coraza de bronce:
era en extremo sencilla

su armadura y bien modesta;
solamente consistía
en un almete de cuero
sin plumaje, ni divisa.

No necesitaba bronce
en su pecho el que tenía
como natural defensa
el alma en bronce fundida!

Junto á unas viejas paredes
por el tiempo derrüidas
que en medio del campo elevan
sus amarillentas ruinas,

hizo alto el cabo Montero;
también hizo alto uno que iba
con él, un leal camarada
de su misma compañía.

Estuvieron de atalaya
largo rato...
—Chist! ¿Qué miras
al lejos?
—La descubierta.
—¡Demonios! Si ya está encima...

—¡Cuántos son?
—Cinco jinetes...
—Es poca cosa, á fe mía!
—Demonios!... Y una mitad
de fusileros...
—Arriba,
camárada! ¡Espuela, espuela!

¡A la carga!...—
Aun no concluían
de decir estas palabras
en voz muy baja y aprisa,

cuando los dos cazadores
soltando á un tiempo las bridas
á los corceles, volaron
á escape por la campiña.

No se desprenden tan rápidos
del cielo en noche sombría
dos rayos sobre la tierra
con irradiación fatídica;

ni con más furia se arrojan
en las playas de la Libia
los tigres sobre la presa
que entre las rocas atisban,

como ellos, cuando cargaron
sobre la fuerza enemiga
llenos los ojos de fuego,
la frente torva y erguida.

Un breve instante se oyeron
en confusión voces de ira
clamores de asombro, tiros,
tajos, golpes de cuchillas;

el humo robó á los ojos
la brillante luz del día,
y de la escena terrible
nada percibió la vista.

Cinco minutos después
trocando á la tierra en chispas
en dirección á la plaza
dos cazadores corrían:

El que iba más adelante
aferrado conducía
á un prisionero español
sobre el arzón de la silla;

mientras que el de atrás, tan sólo
su táctica reducía
á defender á la presa
á dura costa obtenida.

## III

—«Albricias, general Freire,
mío es el tordillo negro...
os he traído un teniente
y vengo á exigir el premio!

Algunos feos rasguños
los enemigos me han hecho;
pero el *godo* que os regalo
bien vale el tordillo negro!»—

Así sobre la trinchera
gritó Francisco Montero,
envainando el corvo sable
asaz mellado y sangriento.

# ÚLTIMA PÁGINA

«Hoc signo vinces»

No fué el sacrificio estéril!...
no inútilmente su sangre
en larga y atroz contienda
derramaron nuestros padres;

y no en vano el libro heroico
de sus hechos inmortales
escribieron con su acero
en las rocas de los Andes!

Los pueblos que hicieron libres
supieron mostrarse tales
y completar los laureles
de otros gloriosos combates.

En las alas del progreso
y en pos de altos ideales
se lanzan al porvenir
con altivez indomable.

Se convierten sus desiertos
en populosas ciudades
y sus hilos telegráficos
forman redes en sus valles.

A su actividad la industria
derrama vida abundante
y con penachos de humo
roba su bóveda al aire.

Taladra el vapor sus montes,
y en la espalda de sus mares
multiplican con orgullo
las banderas de sus naves;

baja el rayo de las nubes
á darles luz á sus calles
y á arrancar de las entrañas
de la tierra sus metales.

Todo cuanto sobre el mundo
al humano esfuerzo cabe,
todo cuanto al Genio es dado
en las ciencias y las artes,

que se traduce en labor
de máquinas y de mástiles,
todo con ínclito empeño
tiene eco en ellos brillante.

¡Oh! dadnos paz!... y la historia
en sus futuros anales
á nuestros nobles esfuerzos
rendirá justo homenaje.

Que la merecen los pueblos
que trocar á tiempo saben
en mansas rejas de arado
el acero de sus sables.

Si queréis, Americanos,
rendir cumplido homenaje
de la santa independencia
al generoso estandarte;

si pretendéis que la tierra
que fué ara de sus combates
no sea ruda palabra
de testimonio salvaje;

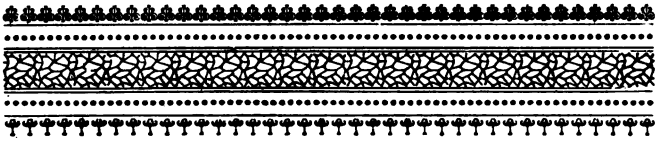
si queréis haceros dignos
de la fe de vuestros mártires
que dió vida á vuestra cuna
entre sus brazos gigantes;

no olvidéis sus tradiciones
de lengua, raza y de sangre
que os imponen los deberes
de su honor y sus altares.

¡Oh! nunca de la anarquía
en vuestras almas estallen
los clamores rencorosos
y las iras criminales!

Nunca os manche el despotismo
con el sello de cobardes,
que más vale honrada muerte
que una vida miserable!

¡Sólo Dios es poderoso,
sólo Él poderoso y grande!...
¡Que sus tesoros de gracia
en vuestra frente derrame!



# ÍNDICE


| | PÁGS. |
|---|---|
| Primera página | 5 |

## PRIMERA PARTE

### LA CONQUISTA

| | |
|---|---|
| Devoción de un soldado | 11 |
| Yupanqui | 17 |
| Gratitud indígena | 27 |
| El Santuario de Guadalupe | 49 |
| Una misa en el siglo diez y seis | 65 |

PÁGS.

Poeta y soldado ..... 75
Malos agüeros ..... 83
Un horóscopo ..... 93
Descubrimiento del Mar del Sud ..... 115
Duelo á muerte ..... 125
La fuente de la vida ..... 139
Justicia de Dios ..... 149
La hoguera ..... 157
Un episodio de la Conquista de Méjico ..... 165
Antiguos vaticinios ..... 179
El Misionero ..... 199
La vestal americana ..... 205

---

## SEGUNDA PARTE

### LA INDEPENDENCIA

«Et facta est lux» ..... 233
Santo principio ..... 239
Amor y muerte ..... 243
Aniversario religioso ..... 261

| | Págs. |
|---|---|
| Noble venganza | 271 |
| Sacrificio sin ejemplo | 277 |
| Un abrazo glorioso | 287 |
| El artillero de la patria | 295 |
| Los dos héroes | 305 |
| «El Libertador está loco» | 315 |
| Historias de antaño | 329 |
| El desafío de dos valientes | 337 |
| Un trono en América | 345 |
| Un godo que valga mi caballo | 365 |
| Última página | 377 |

# OBRAS DEL MISMO AUTOR

Portales.

Biografía del Dictador Linares.

Páginas de un viaje al través de la América del Sur en 1876.

Balance del Liberalismo Chileno.

Historia de la administración Santa María, (dos tomos).

Cartas de Jerusalén.

Poesías, (nueva edición).

Leyendas, (nueva edición).

Romances Americanos, (nueva edición).

érica

aría.